

Novela Ganadora

Premio Nacional
de arte Universitario

Modalidad Letras
Novela Breve
2014

cielo
para pájaros
en llamas

cielo
para pájaros
en llamas

UNA “NOVELA” ALUCINADA Y ESCRITA POR DIEGO GRANDA



Editorial Universidad del Cauca
2015

Granda, Diego

Cielo para pájaros en llamas / Diego Granda – Popayán :
Universidad del Cauca. Sello Editorial, 2015.

82 p.

1. NOVELA COLOMBIANA - SIGLO XXI 2. LITERATURA
COLOMBIANA - SIGLO XXI 3. AUTORES COLOMBIANOS -
SIGLO XXI I. Título II. Universidad del Cauca.

ISBN: 978-958-732-196-8

Co863.44 G751

scdd 21

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995
Catalogación en la fuente – Universidad del Cauca. Biblioteca

© Universidad del Cauca, 2015

© Del autor: Diego Granda

Primera edición en español

Editorial Universidad del Cauca, noviembre de 2015

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Corrección de estilo: Angélica Lucía Mamián

Diagramación: Olga Nohelia Benavides Imbachí

Diseño de carátula: Olga Nohelia Benavides Imbachí

Editor General de Publicaciones: Luis Guillermo Jaramillo E.

Editorial Universidad del Cauca

Casa Mosquera Calle 3 No. 5-14.

Popayán, Colombia

Teléfonos: (2) 8209900 Ext 1135

<http://www.unicauca.edu.co/editorial/>

editorialuc@unicauca.edu.co

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o
en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos
y no comerciales.

Impreso en Cali, Valle del Cauca, Colombia. Printed in Colombia.

Contenido

Serafín	11
Betty	63
Nº6	77

A ella

*[...] Alguien que he sido o soy, no sé,
Oye o recuerda,
Si hay algo real dentro de mí son ellos,
Más que yo mismo, más que el sol afuera,
Si es musical la fuerza que hace girar el mundo,
No ha habido nunca sino pájaros,
El canto de los pájaros
Que nos trae y nos lleva.*

Eugenio Montejó

Serafín

Mi nombre es Serafín Pacheco, tengo 20 años, las manos grandes e improductivas como mi padre, la nariz un poco torcida hacia la izquierda que desentona con el resto de mi cara pero que no me hace perder la gracia, pelo negro, boca grande y ancha, tengo ojos turbios y tristes como los pájaros enjaulados que tenía mi abuelo en el patio de su casa y canto igual que esos pájaros para recordar que soy un ser hermoso capaz de tocar la belleza con mi canto aunque no pueda volar. Mi nombre es Serafín Pacheco y antes de convertirme en un poema fui un hombre que tuvo una historia cubierta de mares azules y peces dorados que iban nadando en mi cabeza hasta morir entre mis sueños. Mi nombre es Serafín Pacheco y esta es mi historia, o al menos, el final de ella, esta es tal vez la constancia de que he amado, soñado y hasta vivido.

Supongo que más importante que la historia, de cualquier historia, es el motivo que impulsó a alguien a contarla, eso es más inquietante tal vez que la misma narración en sí, ¿Por qué carajos alguien decide contarnos algo? Y formulo esta pregunta pero no tengo como responderla porque yo mismo no tengo claro el por qué escribo lo que escribo. Simplemente me he desbocado hasta aquí y he empezado a martillar mecánicamente letra por letra, y es que ahora que intenté callar, las palabras me salieron por los dedos como palomas buscando un cielo, y el cielo es este abismo blanco que se pixela en frente mío en donde dejo caer todas mis aves, supongo que aún no sé por qué me he sentado a escribir, pero quizá al final de todo esto lo descubra, o tal vez no, y es que si alguien decidiera algún día escribir mi biografía le sería muy sencillo, y he aquí la fórmula; entre la

fecha de mi nacimiento y la de mi muerte se debe poner un solo signo de interrogación porque esa ha sido mi vida, una eterna duda, una pregunta abierta que espera respuesta, de alguien, de quien sea.

—¿Quién es ella? —Pregunté al ver como una chica de fina figura se dibujaba en mi casa sosteniendo unas cajas que quien sabe lo que contenían, mi madre me respondió que era la nueva inquilina. Después de cuatro meses de haberse desocupado por fin había logrado que alguien ocupase la habitación número 6 de nuestra improvisada casa de huéspedes.

—¿Le has contado lo que pasó en la seis?

—Ve mejor a ayudarlo a traer las cosas que le quedan abajo —dijo mi madre zafándose de la pregunta mientras se sonreía para sus adentros.

Empecé a ayudarlo a pasar sus cosas que no eran muchas, algunas cajas de libros, discos, ropa, botellas vacías que tenían inscripciones con fechas y nombres, llevaba también otro montón de cosas en las que no reparé, pues mientras iba subiendo los peldaños de la escalera le miraba su espalda e intentaba calarla, imaginaba su nombre, sus angustias, la razón de que llegase a nuestra casa como huésped, me preguntaba si alguna noche mientras no pudiera dormir iba a meterse bajo mis sabanas así como pasa en las películas gringas, me preguntaba si le molestaría que le chupara el cabello mientras se quedaba dormida sobre mi pecho, me preguntaba si su cuerpo sudado olería de la misma manera a la que olía su cabello envuelto en aromas cítricos, soñé su cuerpo desnudo mientras cargaba sus cosas y le hice el amor tantas veces como pude imaginarlo, todo sin saber siquiera su nombre, su historia, su pasado, pero dejé de imaginarla desnuda porque empezaba a notarse cómo iba poniéndome tieso bajo mis pantalones sin calzoncillos, entonces iba a bajar una vez más, pero ella me detuvo.

—Espera, esa era la última caja, ya no queda nada abajo.

—Bien.

—¿Quieres un cigarrillo? —Dijo ella mientras me alargaba la cajetilla de Derby con su mano.

—Serafín.

—¿Ah?

—Mi nombre es Serafín Pacheco.

—Ah ya, vale, pues yo soy Beatriz, encantada de conocerte Serafín —sonrió—.

Después de presentarnos fumamos cigarrillos en silencio, Beatriz tiene el cabello rojizo con unas rayitas moradas a los lados como si su cráneo fuese un jardín en llamas donde florecen violetas y azucenas, tiene una blusa negra desgastada y se pueden ver algunos pájaros tatuados en sus brazos que quien sabe a dónde vuelan en las noches. Ella iba poniendo las cosas en su lugar mientras yo me recostaba sobre la pared, inmóvil, viendo como la luz que se filtraba por la ventana convertía al polvo que levantaba en escarcha, iluminando y embelleciéndola solo un poco más de lo que era, en realidad no tenía una belleza despampanante, era la forma de moverse y de sonreír lo que le imprimía fuerza y belleza a las cosas de su alrededor, era como esas chicas que aparecen en postales o revistas donde las fotografían mirando al horizonte o hacia el mar, o una ciudad al parecer deshabitada, y ellas se encuentran sonrientes sobre un rascacielos a la expectativa de un porvenir distinto, esperanzador. Yo miraba como ella aspiraba el humo e imaginaba que dentro de su cuerpo sonreían pájaros borrachos que volaban alrededor de sus pulmones negros llenos de nicotina, quería morir asfixiado en su boca de tanto aspirar el humo de su cigarrillo, deseaba que su boca cancerígena pronunciase mi nombre en las noches, deseaba nadar en su torrente sanguíneo y recorrer desde la yugular

hasta la punta de sus dedos y morir ahogado en alguna parte de su cuerpo como un náufrago perdido entre su sangre, verla a ella daba la impresión de que el mundo era un lugar hermoso, donde era posible sonreír, y ser feliz, y fumar cigarrillos al atardecer, y ser tan romántico como para estar contento de morir de una enfermedad venérea porque era el resultado de haber vivido y amado sin la preocupación de saber que la vida dura más de un día, y donde era posible soñar con la idea de tener una vida llena de brillo al lado de una mujer desconocida, que pareciera estar mirando hacia el horizonte más allá del que se distingue entre las calles vacías de este pueblo cubierto de gargajos amarillos, lejos de la insoportable realidad de ser un muchacho de 20 años, vivir en la calle 9 con carrera 45, casa número 4-43 y llamarse Serafín Pacheco.

Después de la cuarta noche que pasó Beatriz en nuestra casa le confesé que el inquilino que había ocupado la habitación número 6 antes que ella se había suicidado, me dijo que ya lo sabía e imaginé que mi madre se lo había contado.

A veces me quedo hablando hasta muy tarde con Beatriz, y nos contamos nuestras vidas como intercambiando recuerdos, como si intercambiáramos fotografías de nuestros álbumes personales, llenos de imágenes de gente que ya no está y recuerdos pintados con paisajes que no volveremos a ver, de vez en cuando baja el señor Sabela y se queda hablando con nosotros, el señor Sabela vive desde hace 3 años en la habitación número 5 y es profesor de Biología en la universidad. Una noche llegó a casa cubierto de sangre y con el cuerpo abierto por navajazos, traía los labios pintados y estaba vestido con ropa de mujer, nos pidió que lo lleváramos al hospital pero que antes le ayudásemos a cambiarse de ropa, esa noche solo estábamos Richard el de la 2 y yo, le hicimos caso, lo cambiamos rápido y mientras Richard buscaba y cambiaba de ropa al señor Sabela, yo le desmaquillaba el rostro y veía los navajazos en el pecho como bocas vomitando sangre, parecía como si aquellas bocas de labios delgados pronunciasen nombres de personas, como si el cuerpo de todas las personas fuese un envase lleno

de nombres de gente y nombres de calles por las que se ha transitado alguna vez y esos nombres son los que van contando la historia de lo que hemos sido, cuando abren ese envase todos los nombres por los que hemos atravesado se escapan de nuestro cuerpo, las bocas del señor Sabela pronunciaban todos los nombres de los amores marchitos que lo habían crucificado en la adolescencia, los nombres de las calles y de los cafés de Santiago de Chile donde había ido a hacer el Doctorado en Biología Evolutiva, los nombres de los estudiantes a los que le había sonreído alguna vez, a las bocas del señor Sabela solo le sobraban fuerzas para pronunciar un último nombre, el suyo propio. —Muchacho, no me dejes morir. Tomamos un taxi y fuimos al hospital que no quedaba muy lejos y el señor Sabela que no era profesor de Biología, ni hombre, ni mujer, ni un envase roto cubierto de navajazos al que se le escapaban nombres e historias por los costados sino una voz en medio de la noche que me pedía que no la dejase morir, me iba sujetando la mano y me decía: “Muchacho, ¿por dónde vamos?”, Pero yo no sabía dónde íbamos. Todo era un miasma de luces de neón, sangre, y la música vallenata que ponía el taxista, y yo le decía que íbamos flotando en una balsa sobre un mar azul fluorescente y que un Dios ballena nos saludaba nadando por entre los semáforos y las señoras que vendían arepas en las esquinas, que era de noche y la noche traía colgada de sus senos a unas niñas que iban tejiendo con las estrellas el camino hasta el hospital, que el taxi era en realidad un vehículo del olvido y no había necesidad de pensar en el dolor ni la angustia de estar gritando historias por las bocas de labios delgaditos que le habían abierto en el cuerpo, que en las casas habían avisos como: “*Se alquila habitación a persona sola*”, “*si hay minutos para quien no tenga tiempo*”, “*se vende o permuta la tristeza, preguntar en el segundo piso al muchacho de gafas*”, “*si hay huevos*”, “*se escriben poemas a todo precio, y para toda ocasión*”. Le dije que a lo largo de todas las calles había gente vendiendo y comprando de todo, sacando dinero de sus bolsillos, riñones y genitales e intercambiándolo por todo tipo de cosas, un hombre en una esquina compraba un girasol para defenderse de la realidad. Y entonces el señor Sabela que no era profesor de Biología,

ni hombre, ni mujer, ni un envase roto cubierto de navajazos al que se le escapaban nombres e historias por los costados sino una voz en medio de la noche que me pedía que no la dejase morir, pudo llegar al hospital a que le cosieran las bocas y los médicos pusieron en silencio la sangre que iba contándonos la historia del señor Sabela en Santiago de Chile y de cómo amó cuando era niño a un perro lanudo que comía lagartijas en el patio de su casa, y como era que él salía las noches de los sábados vestido de mujer a buscar caricias y enemigos en las calles cubiertas por jeringas, whiskey barato y navajas, y como aquella noche un grupo de borrachos le llamaron maricón y lo rodearon en un callejón sin saber que era un prestigioso profesor universitario, y empezaron a patearlo, y a apuñalarlo y a orinárselo mientras el señor Sabela se decía a sí mismo que no podía morir vestido como estaba porque su madre siempre lo había criado como un hombrecito derecho que no usaba faldas ni se pintaba la cara como una muñequita de porcelana, y sería un golpe muy duro para ella ver su cadáver lleno de lápiz labial, y de perfumes delicados, y entonces herido buscó ayuda y logró llegar hasta la casa. Y el señor Sabela que no era profesor de Biología, ni hombre, ni mujer, ni un envase roto cubierto de navajazos al que se le escapaban nombres e historias por los costados sino una voz en medio de la noche que me había pedido que no la dejase morir, no murió, y me dijo con la voz pesada —muchacho, te debo una. Y nunca se fue de la casa porque decía que ahí se sentía bien, y ahora cuando regresa los sábados en la noche, no sabemos si es hombre, o mujer o que carajos es, pero ocupa la habitación número 5, y a la mañana siguiente será el sonriente señor Sabela, distinguido profesor de la universidad de la ciudad, de esta ciudad que se devoran las nubes a mordiscos agigantados.

En mi casa vivimos un total de 8 personas; está Beatriz, el señor Sabela, Richard —el chico rubio que vive aquí desde que dejó su pueblo para estudiar en la Universidad—, y también Ana, Rigoberto y Antonio que apenas llevan viviendo un semestre con nosotros y probablemente se

muden muy pronto. Todos ellos viven en el segundo piso, mi madre y yo dormimos en el primero. Mi abuelo nos dejó esta casa a mí y a mi madre y aprovechamos la cercanía de la casa con las universidades para arrendar las habitaciones a los estudiantes que vienen de otras partes y con el tiempo la gente que habita la casa se convierte en familia, hasta que se van y entonces viene otra y otra...

Mi madre es una mujer alta, esbelta, de ojos claros, y tiene el encanto de una flor que empieza a marchitarse pero que se niega a abandonar su belleza sin antes disfrutarla, tiene el pecho cálido como un nido de pájaros y unas piernas tan largas como los andes que podrían enredarse en los sueños de los hombres que la ven caminar sobre los andenes de esta ciudad, es profesora de Matemáticas en una escuela primaria y me tuvo a mí cuando tenía 16 años de edad, es por eso tal vez que sale con muchachos muy jóvenes, porque eso le recuerda la juventud que perdió al dedicarse a criarme a mí, yo no la culpo pero en su momento sufrí un grave complejo de hijo de puta cuando mis amigos más cercanos decían que mi madre tenía un lunar en la entrepierna, una mancha que se parecía a Inglaterra; y otros que el lunar tenía forma de la Isla de Cuba, y así, entre clases, mis compañeros hablaban de la geografía que tenía mi madre en los muslos y siempre elegían mi casa para hacer trabajos grupales, pero a veces, o casi siempre, mi madre se encerraba con mis compañeros en el cuarto y yo me quedaba solo haciendo las tareas del colegio y mis amigos salían sudorosos de la habitación de mi madre hablando entre ellos, cansados, con los ojos caídos, como si les hubiesen devorado algo por dentro, y sufrieran y se alegraran un poco por haberlo pedido, se veían como niños soldados cansados después de caminar por varios días y varias noches un camino que no conducía a ninguna parte, en cambio mi madre salía radiante y sonreía con el cabello alborotado y el cuerpo escarchado, preparaba algo de comer para todos y luego se duchaba por un largo rato y permanecía en el baño hasta que mis amigos se fueran, ellos, mis compañeros, jamás me ofendieron y trataban de no hablar de aquello en frente mío, pero yo siempre escuchaba como hablaban entre sí, para ellos aquello era como un

secreto sagrado oculto para el resto del mundo, un mundo que no podía enterarse de que una mujer tenía flotando entre sus piernas una isla parecida a Inglaterra, o Jamaica o Cuba, pero habitada siempre de niños de ojos hermosos que reclamaban aquella isla como su patria. Todo quedó como un secreto para los 5 del grupo con los que siempre nos reuníamos a hacer tareas. Ahora mi madre suele dormir con Richard algunas noches, de vez en cuando nos acostamos los tres sobre la cama de mamá a ver televisión y yo me acuesto sobre las piernas de ella y puedo oler el semen de Richard, y a veces hasta escucho como se escurre entre la ropa interior de mi madre y no sé si lo imagino pero creo oír los nombres de mis compañeros de colegio como un susurro diminuto que los va nombrando uno por uno: Jhon Rengifo, Alejandro Cifuentes, Cristian Sánchez, Camilo Cabrera, Jonatán Rivera, y entonces imagino sus vidas y recuerdo que casi todos viven fuera de esta ciudad, pero me pregunto si ellos alguna vez se reúnen en algún bar para recordar cálidamente a la mamá de Pacheco y los breves instantes donde fueron felices, pero entonces cuando empiezo a imaginarlos mi madre dice que tiene mucho sueño, y me besa a mí y a Richard en la frente y entonces yo me voy. Richard casi siempre se queda.

He empezado a salir más seguido con Beatriz, caminamos por las calles y hablamos un poco de todo, un poco de los perros que corren por todas partes, no sé si buscando o perdiéndose de algo, de los edificios vacíos donde nos sentamos a veces, de la gente que va con prisa a toda hora, y me he dado cuenta que aunque vivimos en la misma ciudad, la ciudad de Beatriz es distinta a la mía, ella parece estar rodeada por una ciudad explosiva que convulsiona y vomita fragmentos de personas y de vida por todas las avenidas y los parques, y a veces creo que no tiene que ver con la ciudad sino con ella, como si ella se hubiera inventado una ciudad, como si la imaginara y ella viviera en esa ciudad alucinada que se ha pintado en la cabeza, como si ella pudiera vivir en cualquier parte, como si pudiera estar en Barcelona, Frankfurt o Quito y nunca cambiar de

residencia, imagino que cuando preguntan su dirección ella siempre escribe: “Vivo en mi cabeza, en esta ciudad que ha delirado y donde siempre son las 6:30pm en todas partes, donde a la gente le hace falta una semana para morir y todos se revuelcan en la inmundicia de la dicha y se corrompen en el último instante de sus vidas para amar y ser amados, y odiar, y arrancarse la cabeza y los pezones y arrojarlos al fuego, donde lobos escupen por sus bocas a otros lobos que corretean a niñas dulces por entre las calles y avenidas, y los duendes mueren de sobredosis de heroína en los tejados de eternit y son evaporados por el sol que destila un orgasmo anaranjado sobre el cielo, una ciudad que no es ciudad sino más bien un incendio de vida y de muerte que florece en las pupilas de una niña que es atravesada por un rayo, por una tempestad en el cerebro”. Y entonces pienso que no hay más realidad que la que tenemos dentro, que la que tiene Beatriz dentro de su cabeza y de pronto me siento etéreo e irreal por no ser un delirio de Beatriz sino este ser de carne y hueso que camina al lado suyo, que respira al lado suyo muy al margen de lo que es Beatriz, y entonces, pienso en las maneras de meterme en ella, inspecciono sus orificios e imagino meterme dentro, primero por su boca, imagino besar su boca milímetro a milímetro, centímetro a centímetro hasta que mis besos se convierten en kilómetros y kilómetros de saliva y de burbujas que saltan por los aires, imagino ser parte del mundo que tiene Beatriz en la cabeza, y entonces siento algo parecido al amor, pero más corrosivo.

—Beatriz...

—¿Qué?

—Eres un bello abismo donde dejarse caer.

—No digas pendejadas.

La ciudad, no la ciudad que tiene Beatriz en la cabeza sino esta otra que nos circunda, esta ciudad como un revólver que nos apunta directo a nuestra juventud, este cementerio que se extiende palmo a palmo, ladrillo a ladrillo es la plataforma

donde nos deslizamos a patear la noche, o los días, o las madrugadas, a veces nos sentamos en algún sitio y pedimos algo de beber hasta que la gente tiene que echarnos porque están a punto de cerrar y entonces nos lanzamos hacia las madrugadas llenas de idiotas que quieren acuchillarte por alguna razón estúpida, o por robarte un objeto estúpido. Madrugadas llenas de putas, borrachos, y hombres crédulos que salen a predicar en medio de la inmundicia de la palabra del señor jesusebrijo. Nos quedamos tendidos en algún andén o alguna banca desocupada mientras bebemos algún licor barato y esperamos a que el día llegue y con el también llegan los hombres y mujeres que van a trabajar diariamente en busca de un porvenir que no llega nunca.

—¿Ves a toda esa gente? —Me preguntó Beatriz, pero “toda esa gente” era solo una chica bastante joven con un uniforme azul que esperaba un bus que la llevara a su trabajo, que tal vez era de almacenista o recepcionista, o eso fue lo que pensé.

—Sí. —Dije.

—Toda esa gente está a punto de parir una tragedia, se les ve en la cara, la forma en que caminan, como miran de reojo las cosas y la vida, la belleza pasa ante ellos pero no se inmutan porque están muy ocupados en sentirse como víctimas del universo.

—A mí me parece gente común y corriente, ella por ejemplo, la que se ve allá, se ve muy normal.

—Por eso, la gente ordinaria es la peor de todas, odian todo lo que les parece diferente y en su imposibilidad de amar destruyen todo lo que es hermoso y puede ser amable para otros, hablan de la monogamia, del amor de dos en dos pero no aman porque odian de mil en mil, de millones en millones, en cada prejuicio están fabricando una guerra porque viven en guerra contra ellos mismos, su tragedia son ellos mismos, tener que vivir la vida que ellos viven y vivir donde viven, cómo son incapaces de vivir en su interior deben proyectarse hacia afuera, entre las multitudes

malolientes de esta ciudad o cualquier ciudad del mundo, y afuera siempre apesta, corrompe, normaliza y silencia la vida, son ellos los que eligen genocidas como presidentes porque son incapaces de gobernarse a sí mismos, se van a sus casas y miran en familia algún programa de televisión como una familia corriente, porque son gente corriente, con aspiraciones corrientes, con felicidades corrientes, entonces te verán cuando sonrías, te verán sonreír con una gran sonrisa en el alma, genuina y real, y será entonces cuando querrán matarte, porque ellos quisieran sonreír como tú y no pueden, lo único genuino en ellos es el odio.

—Cálmate Beatriz, creo que exageras un poco.

—Puede que creas que exagero pero así es como pienso y he pensado por bastante tiempo.

—¿Pero no crees que en medio de toda esa gente existe gente brillante que no se merece tu desprecio ni tu odio?

—Jajaja, la verdad es que no los odio, si te das cuenta soy como ellos, veo en todo hombre un país enemigo y en cada mujer a alguien que no soy yo, lo que pasa es que no creo en nada ni en nadie, soy negativa pero busco la belleza, y ver arder el mundo y su gente es lo más parecido a un poema para mí.

—No te entiendo.

—No tienes que entenderme.

—Pero yo soy un tipo normal, ordinario, me levanto igual que todos y me echo talco en los pies después de bañarme, sueño con ganarme la lotería alguna vez aunque nunca la haya comprado, sueño con chicas hermosas que me digan que me quieren aunque sea mentira mientras aprieto sus cuerpos con mis manos que se parecen a las de mi padre, sueño con salir siempre bien peinado en las fotografías. Soy tan normal como él, como ella, y como esa chica que espera el bus en frente nuestro, no hay nada bueno en mí, tal vez me odies por ser ordinario como dices.

—No es verdad, hay algo en ti que me gusta, eres un poco cretino pero me gustas.

—¿Pero de verdad te gusto?

—Un poco, pero deja de hacer preguntas, las preguntas y respuestas no son la mejor manera de enterarte de las cosas.

Después de decir eso Beatriz me plasmó un beso en medio de la boca, el día sabía un poco más dulce de lo habitual. Caminamos en silencio hasta la casa.

Hace unos días Beatriz compró un acuario y lo llenamos con peces de colores, algunas noches hemos dormido juntos y me he dado cuenta que Beatriz tiene no solo los brazos tatuados con pájaros sino que su cuerpo está repletos de aves hechos con tinta, como si Beatriz fuera un cielo donde vuelan pájaros rebeldes, fugitivos del cielo que está arriba de nosotros. Mientras tanto yo puedo ver ese cielo desnudo donde sus pechos se asemejan a las nubes que yo muerdo y beso, y de pronto mis manos se vuelven también aves que vuelan sobre su piel. Beatriz le pone nombre a sus peces pero nunca recuerda cómo se llama cada cual, entonces vuelve a darle nombres distintos hasta que aparecen flotando bocarriba y luego los cambia por otros peces más jóvenes y de colores más llamativos, le digo que hay quienes dicen que los peces de colores tienen solo 3 segundos de memoria y por eso a ellos no les importaría un carajo si se llaman Ovidio, Pessoa, o Sombra Nocturna porque lo olvidarían al instante, pero el señor Sabela ha dicho que eso de que los peces son desmemoriados no tiene sustento científico, sin embargo Beatriz lo piensa un poco y dice que es una pena que los peces miren los bonitos colores de sus cuerpos y se olviden al instante de que son hermosos, luego se queda en silencio un rato y dice que se siente como un pez de colores y que le da nostalgia de la vida que tuvo antes, de esa que no recuerda, de la vida que tenía antes de llamarse Beatriz cuando era uno con el universo, y habla de ser ola y mar,

soplo y viento, y estar en todas partes y ninguna, pero yo le digo que eso no es nostalgia porque la nostalgia es solo un instante de anhelo que hemos vivido en el pasado, como la niñez o la navidad pasada, que yo solo puedo anhelar los momentos que he vivido desde el instante en el que he sido Serafín Pacheco porque no he sido nada ni nadie más y no hay nada que pueda recordar excepto eso, así como ella solo ha sido Beatriz, entonces me mira como si yo fuera un idiota y se corrige para decirme que el que parece un pez soy yo porque si los peces solo tienen 3 segundos de memoria olvidarían que son prisioneros en un acuario y cada 3 segundos creerán que están nadando en mar abierto, que mis veinte años son esos tres segundos y que creo que mi vida es la plenitud de mi existencia, que vivo dentro de un acuario y que ese acuario está dentro del océano, le digo que no la entiendo y ella dice que no tengo que entenderla. Le digo que se joda... —No te pongas bravo pececito, romperás el acuario y podremos nadar juntos. — Me dice Beatriz mientras pone su boca en la mía y siento su boca como un cenicero de cantina.

—La verdad es que me gustas a pesar de que estás loca.

—Lo sé.

He ido a un concierto con Beatriz y Richard, la música estridente nos agujeraba el cerebro, lo llenaba de electricidad como si estuviéramos en la silla eléctrica condenados a morir esa noche electrocutados por guitarras que chirriaban el nombre de algún Dios borracho dentro de nuestras orejas. El concierto era a las afueras de la ciudad en una bodega que según me dijo Beatriz siempre alquilan para ese tipo de cosas, Beatriz se fue y nos dejó solos a Richard y a mí, vi que los tipos con los que se marchaba llevaban inscrito en sus chaquetas: “*Contáciate de sida y llévate unos cuantos*”.

—¿Y a esta fresita quien la invitó? —Dijo un tipo amenazante mientras me miraba, el tipo estaba vuelto mierda, perdido en

el alcohol, llevaba una chaqueta de cuero como casi todos en esa bodega y tenía por cabello una cresta parada en la cabeza.

—Yo me invité sólo pedazo de hijueputa. ¿Algún problema?

—¿A quién le estás diciendo hijueputa?

—A usted bobo, ¿o es que ve a otro hijueputa por aquí cerca? ¿Richard, ves a otro hijueputa?

—Yo solo veo a este que está parado en frente nuestro —dijo Richard mientras me abría los ojos como reclamandome. Richard es de hecho un tipo calmado, tranquilo, no le gusta meterse en problemas, hubiera preferido pasar de largo igual que yo, pero el ambiente estaba tan tenso que pensé que mostrar cualquier signo de debilidad era peligroso. Lo siguiente que vi fue el brazo del tipo que teníamos en frente golpeando la boca de Richard y después de ese brazo muchos otros brazos golpeándonos por todas partes, como pudimos nos defendimos y salimos de esa avalancha de carne y odio que teníamos arriba de nosotros, yo quería alejarme del sitio pero Richard rompió una botella y se les fue encima, ¿y yo? Bueno, yo no podía dejarlo solo así que también rompí una botella y me les fui encima, nosotros estábamos rodeados por casi la mitad de la gente dentro de esa bodega pero aun así la otra mitad parecía librar otro tipo de batalla, la banda seguía tocando y seguiría tocando así el mundo se cayera a pedazos y los espectadores bailaban formando un remolino de pura demencia y velocidad pateando y dando brincos a diestra y siniestra, una chica se le lanzó a Richard y este le abrió el brazo a ella de un solo movimiento.

—Paren, ¡déjenlos! —gritó el tipo que anteriormente nos había agredido, el hijo de puta que lo había empezado todo. —Me cayeron bien, ¿quieren un trago? —Nos preguntó a nosotros. Como no dijimos nada nos pasó una botella de alcohol puro revuelto con agua, Richard bebió como si nada, yo casi me vomito cuando tomé de la botella, el trago me sabía a hospital, a enfermera vestida de blanco tapándole la cara a un hombre que acababa de morir con una sábana

más blanca aún, entonces pensé en el señor Sabela y en la vez en la que casi se muere entre mis brazos.

—Los invito a pasar un rato conmigo para que se den cuenta que no soy tan hijo de puta, ¿les gustaría? —Dijo el hijueputa.

Yo miré a Richard como preguntándole pero sin decir nada, —por lo menos nos están dando trago —dijo Richard. Y entonces seguimos al crestudo por entre la multitud sudorosa de aquel lugar lleno de chaquetas de cuero, caras largas y alucinadas, salimos de esa bodega y nos alejamos un poco, afuera sólo había un extenso barrizal, el lugar estaba como en una colina donde podíamos ver la ciudad llena de luces, como incendiada por una luz artificial que lo cubría todo, el tipo se presentó, dijo llamarse Txus y a continuación sacó una bolsa llena de un polvo blanco lo que intuí era cocaína.

—Huelan y díganme si les gusta, es de un nuevo corte porque al tipo que me surtía anteriormente lo han matado. Esnifamos la coca y el tipo que decía llamarse Txus siguió hablando mientras se limpiaba la nariz, —parece que están pelando a todo el mundo últimamente, están matando a todos los jíbaros como si estuvieran haciendo un tipo de limpieza, y bueno, están dejando todo impecable aparentemente. Una mujer se acercó a nosotros, era flaca, frágil, daba la impresión de que iba a romperse en cualquier momento, sin embargo la invadía una especie de belleza espectral, como si en días pasados hubiese sido una mujer hermosa, como si en días pasados hubiese existido algún hombre dispuesto a morir por ella, pero ahora se apreciaba desvanecida por una niebla cualquiera que le borraba la sonrisa y le ponía en su lugar una mueca llena de dientes podridos incapaces de sonreír.

—Txus, te estaba buscando por todos lados.

—Jumm ¿y para que sería esta vez?

—Venga, no sea malo, usted sabe para qué.

—No pelada, usted me debe ya mucho y lo sabe, no le voy a soltar nada hasta que me pague.

—Es que ahora no tengo dinero pero usted sabe que yo le pago, necesito una papeleta de heroína, de hache, mire que estoy llevada del putas, usted sabe cómo es esto de la abstinencia.

—Yo no sé nada de eso, yo no me inyecto porquerías por las venas, los únicos que se inyectan son los idiotas, y de idiotas vivo, a duras penas me meto mis cosas por la nariz pero nada más.

—Hago lo que usted quiera viejo Txus, pero deme una y le juro que se la pago en estos días.

—Bueno, metete esto por el culo y te doy una —dijo Txus mientras estiraba una botella de cerveza que sostenía con sus manos. Él se relamía los labios con malicia y nos miraba a nosotros como si fuéramos sus cómplices en la propuesta que le hacía a la chica.

—No sea así parcero que eso es ya pasarse de mala leche —le dijo Richard a Txus, pero este no dijo nada.

—Bueno, vamos para un hotel y hacemos lo que usted quiera —dijo la chica.

—¿Usted cree que yo me voy a perder la noche por andar con usted en un hotel?, Lo que le digo es que se la meta aquí mismo, enfrente de nosotros tres.

Richard se sentía indignado, se le veía en el rostro y la manera de apretar los puños, la verdad es que yo estaba a la expectativa de lo que la chica iba a decidir, mientras tanto ella buscaba con la mirada un refugio en nosotros pero no lo halló.

Empezó a maldecir a Txus mientras se bajó los pantalones y agarró resignada la botella, tenía las nalguitas tristes, flacas y un poco sucias, se escupió en la mano y se lubricó el ano,

llenó de saliva el cuello de la botella y empezó a introducírsele por el culo. —Así no, quiero que lo saques y lo metas como si fuera un pene gordo —dijo Txus mientras se reía con cara de estúpido. — Oye Helena, voltea la cara para acá y lánzame un besito. La chica que al parecer se llamaba Helena y había estado mirando hacia el suelo alzó la vista y pudimos ver sus mejillas cubiertas de lágrimas, tenía unos ojos verdes que parecían praderas, ojos donde podrían pastar caballos de pelo brillante, ojos donde los niños podrían acostarse a mirar el cielo y ver pasar las nubes, me sentí muy mal por quedarme ahí parado sin hacer nada, miré a Richard y supe que pensaba lo mismo que yo, fue entonces que de repente Txus cambió sus facciones y le pegó una patada en el culo a la chica, una patada tan fuerte que la lanzó lejos, cuesta abajo, ahí nos dimos cuenta que estábamos al pie de un barranco —eso te pasa por no pagar cuando debes, gran puta. Bajamos rápido con Richard a ayudarla, tenía vidrios incrustados en el trasero y su ano manaba sangre a borbotones, Richard sacó un fragmento de vidrio del culo de Helena y subió, Txus estaba metiéndose unos pases de cocaína por la nariz, —¿y que les ha parecido esto muchachos? Se dan cuenta que no soy tan hijo de puta como dijeron, que conmigo también hay diversión. Cuando terminó de decir esto Richard ya le había clavado dos veces el vidrio en la garganta, Txus cayó y rodó por el barranco quedando cerca de donde yo me encontraba con Helena, pude ver los profundos cortes en su cuello y como intentaba con sus manos nadar en el aire mientras se ahogaba en su propia sangre, intentaba gritar pero Richard le había robado las palabras con dos estocadas. Saqué a Helena del fondo del peñasco y cuando subí por una acción espontánea rebusqué en los bolsillos de Txus y saqué toda la cocaína que llevaba. Le pregunté a Richard —¿y ahora qué?

—Ahora nada, ella está muerta, se ha desangrado bastante rápido será mejor dejarla aquí, buscar a Beatriz y largarnos de todo este mierdero.

Eso hicimos pero Beatriz no aparecía por ninguna parte, recorrimos el lugar de arriba a abajo esperando encontrar a Beatriz antes de que alguien encontrara primero los

cadáveres de Txus y de Helena, y que pudieran inculparnos por habernos visto saliendo con Txus. Cuando decidimos irnos sin Beatriz ella misma nos salió al paso en un carro de color rojo y nos dijo que nos subiéramos porque teníamos que largarnos. El carro lo iba conduciendo un tipo bastante amable que nos ofreció cigarros y una conversación sobre las nubes en la que no puse atención pero me recordó a los ojos de Helena. Cuando nos dejó en mi casa le pasó un maletín a Beatriz, en el maletín leí la misma inscripción de antes: “*Contágate de sida y llévate unos cuantos*”.

A la mañana siguiente le conté a Beatriz lo que había pasado la noche anterior, le conté que habíamos matado a una persona y que no pude dormir recordando su imagen, su cara queriendo gritar sin voz en un intento de pedir auxilio mientras se le iba la vida, le conté que se había ganado su muerte por ser una basura, y le conté que todo el tiempo que transcurrió entre esas muertes y el momento en que la volví a ver a ella había sido un infierno.

—No te preocupes Serafín, la gente muere todo el tiempo, los hijos de puta mueren todo el tiempo, en este preciso momento alguien está matando a alguien en algún callejón de este planeta y lo único importante es lograr que ese alguien que muere no seas tú aunque para eso alguien deba morir primero.

—Supongo que tienes razón.

—Afuera es un lugar perverso Serafín, debes convertirte en monstruo para vivir entre ellos y no ser devorado.

—Hablas como si todo el planeta fuera una puta trampa.

—El planeta es un buen lugar para vivir, la verdad no me quejo de él —sonríe— la verdadera trampa está en los demás, “el infierno son los demás”, como dijo un bizco alguna vez.

—¿Yo soy una trampa entonces?

—Sí y no.

—No entiendo.

—Hay personas que con el eco de sus vidas te invaden y no permiten verte a ti misma, están consumidos en su amor propio, en sus hazañas insignificantes, en el pequeño mundo en el que orbitan, aquellos que consideran que tener mucho dinero es sinónimo de felicidad o de realización personal, aquellos que mueren sin conocer algo sublime. La verdad es que odio a los fracasados y los que tienen éxito son los más fracasados de todos, fracasan porque han triunfado en un mundillo insignificante y jamás conocerán la belleza gigantesca que pueden alcanzar con sus vidas. Sin embargo hay otras personas muy extrañas que son como espejos y puedes verlos y ver reflejado en su vientre el universo interior que palpita en ti.

—¿Y yo de qué tipo de personas soy según tú?

—Te dije que las preguntas y respuestas no son la mejor manera de enterarte de las cosas.

—A veces parece que hablaras como los brujos de la televisión, o como un maldito hippie haciendo enredos y después ya no te entiendo ni un carajo.

—Sabes que te quiero Serafín pero no vuelvas a decirme hippie o te reviento la cara.

—¿Entiendes que te amo verdad? —No sé por qué dije eso, tal vez la impresión de hostilidad que emanaba Beatriz con la amenaza de golpearme me hizo reaccionar de manera involuntaria, al instante la expresión de Beatriz cambió.

—¿Y qué sabes tú del amor? ¿Qué crees que es el amor?

—¿Y es que crees que soy un idiota, crees que no soy capaz de amar a alguien o qué?

—¿Vas a demostrármelo? —Dijo Beatriz mientras se le iluminaba la cara con una luz maliciosa y entonces la noté

más hermosa que de costumbre empapada por una expresión que nunca había visto en ella, —¿vas a demostrármelo? ¿De verdad vas a hacerlo?

—¿Y cómo quieres que te lo demuestre?

Beatriz tomó el maletín donde rezaba la inscripción “*Contágate de sida y llévate unos cuantos*” salió de la habitación e hizo una expresión con la muñeca para que la siguiera, eran horas pico y las calles estaban abarrotadas de gente que salía o entraba a algún edificio, yo seguía a Beatriz que no paraba de sonreír, yo la seguía a ella y su misterio, nadaba en la incertidumbre por saber de qué se trataba aquella demostración de amor de la que estaba hablando, llegamos a un bar y nos sentamos en unas mesas que quedaban sobre la calle, pedimos unas cervezas y Beatriz empezó diciendo —el amor es acción. Bebió un trago de cerveza, sudaba, el sol parecía apuñalar su piel pero al verla daba la impresión que no sudaba por el calor del sol sino que dentro de ella habitaba un infierno que le hacía hervir la sangre.

—El amor es acción Serafín, todo lo que no es amor es un problema, todo lo que no es amor no es real, este mundo no es real, estas transacciones, estas pantallas digitales donde consultan sus estados financieros nos son cosas reales, el amor es una promesa de transformación a punto de consumarse, un cambio de orden, el amor es un atentado violento dispuesto a tocar a Dios y escupirle en el rostro, podría hablarte horas enteras, gastar las palabras y mi saliva hablándote del amor, de lo que yo creo que es el amor pero no tendría sentido. ¿Crees que tiene sentido lo que digo?

—Creo que sí.

—¿Y qué sentido va a tener lo que estoy diciendo?

—Pues el mismo sentido que tiene lo que pueda decir otra persona.

—Pero las palabras no tienen sentido, eso es lo que te estoy diciendo, lo único que tiene sentido es el amor, y el amor es acción.

—Para ser honesto no entiendo muy bien lo que quieres decirme, o lo que quieres que haga.

—Lo que te digo es que el amor es un intento de tocar lo sublime, la belleza, es convertirse en poema de una vez por todas y sobretodo el amor es ausencia de miedo, quiero que me acompañes a hacer algo y que no temas. Mira para atrás ¿Qué ves? —Volteé a ver y en ese momento sonaron unas campanadas, una de las iglesias de la ciudad anunciaba la hora de misa —a esa gente —dijo Beatriz —¿te gustaría verlas arder? —Y entonces ella se paró de un brinco y yo seguí a Beatriz pero era como estar dentro de un sueño, me pasó una caja de metal y cuando me di cuenta de que la caja de metal era en realidad un encendedor, miré a Beatriz que mientras tanto sacaba de la maleta un gran envase de gasolina y roseaba la iglesia por dentro y por fuera, la gente se quedaba inmóvil como intentando explicarse a sí mismos por qué una chica con un jardín de violetas en la cabeza roseaba de gasolina el lugar donde intentaban rezar y encontrar paz. Cuando Beatriz vació la última gota de gasolina sobre las últimas bancas que quedaban al lado de la puerta me miró sin decir nada, pero yo entendí que quería que prendiera fuego con el encendedor que me había pasado, la gente que permanecía sentada se quedó a la expectativa, mirándome, y por un momento hubo un silencio ridículo que de pronto quebró una anciana cuando gritó —¡que alguien los detenga por el amor de Dios! La reacción de Beatriz fue inmediata, tomó una de las veladoras que alumbraban la estatua de una virgen y la lanzó al charco de gasolina produciendo un incendio que creó en segundos una barrera de fuego que nos separó a los dos del resto de la gente, dejándonos a nosotros al lado de lo que pensé era la única salida. —Corre idiota, —dijo Beatriz mientras se perdía a toda velocidad entre el murmullo de la gente que se aproximaba curiosa a la iglesia, yo fui tras ella pero no supe por dónde se había ido así que elegí un camino y emprendí a correr yo también,

y mientras corría buscaba el rostro de Beatriz en el rostro de todas las mujeres con las que me topaba, mientras corría huía del lugar horrible en donde acababa de estar, mientras corría intentaba darle sentido a todo lo que había dicho Beatriz pero no lograba entender por qué había quemado la iglesia con un montón de gente dentro, y mientras corría dejé de pensar y simplemente corrí, corrí como me había dicho Beatriz, corrí hasta que me dolieron los pies, corrí y dejé a mi paso varios barrios detrás, corrí mientras en los parques las parejas de novios se prometían amor eterno y los niños pequeños jugaban con sus hermanos mayores, corrí sin ver si los semáforos estaban en verde o rojo o si se habían fundido con el color del asfalto, corrí mientras los perros de una calle ladraron 34 veces al verme pasar, corrí a pesar de que dos personas intentaron pararme creyendo que era un ladrón en medio de la huida, corrí sin saber a dónde y en un momento olvidé la razón por la que me movía tan rápido y entonces paré, me di cuenta de que ya era de noche, me detuve sobre un andén a recobrar el aliento y me percaté de que la oscuridad estaba arriba, abajo, al lado y en todas partes, para los demás era una noche cualquiera pero para mí la oscuridad de la noche era una baba espesa que rodeaba las cosas y que quería envolverme, no estaba muy lejos de casa, así que fui para allá y a cada paso que daba me sentí caer en un montón de pozos cada uno más profundo que el anterior.

Pregunté a todos en la casa si habían visto a Beatriz, pero todos me dijeron que la habían visto cuando salía conmigo por última vez, me senté a esperarla en su cuarto alimentando a los peces, contando las colillas de cigarro que había dejado sobre la ventana observando las manchas de labial en todos ellos, pensando en ella y en sus palabras, pensando en sus tetas, en su pelo, en la forma en que sonreía al prenderle fuego a la iglesia, me quedé esperándola en su cuarto y me dormí, me despertaba a veces porque me sentía observado y entonces buscaba a Beatriz con la mirada y no la hallaba por ninguna parte, soñé con Beatriz aquella vez y cuando desperté en la mañana ella estaba ahí, entre lo inconsciente y lo real la creí etérea, imaginada. Pero no era la Beatriz de carne y hueso que tanto había esperado en la noche, organizaba su maleta

rápidamente, movía los brazos como creando remolinos en el aire atrapando todo lo que había a su paso.

—Pásame el pantalón que está en la cama.

—¿Por qué prendiste fuego a la iglesia? ¿Acaso enloqueciste?

—Le pregunté a Beatriz mientras le pasaba el pantalón.

—No tiene importancia.

—¿Cómo que no tiene importancia? Mucha gente inocente murió.

—¿No has visto o leído las noticias? Nadie murió, el padre que oficiaba la misa sacó a toda la gente por la puerta trasera.

—Pero no lo entiendo, ¿tiene esto algo que ver con Dios, con creer o no creer en Dios?

—No pececito, no tiene que ver con eso.

—¿Si no es por eso entonces por qué le prendiste fuego?

—No tiene ninguna importancia creer o no creer en la existencia de Dios, pero te diré que es más importante negarlo o afirmarlo, el que lo niega es porque no lo necesita para vivir, porque sabe que no necesita pedirle que le suban la quincena o pedirle que le permita encontrar rápidamente un taxi libre en un día lluvioso, pues debe marcharse a trabajar, no necesita ni siquiera preguntarle el sentido de su existencia porque él mismo ha emprendido una búsqueda que tarde o temprano lo llevará a la respuesta y si no la encuentra está bien así, pero no necesita pedirle nada porque el mismo puede proporcionarse ese tipo de cosas, el que lo necesita es porque no tiene luz propia, el que es incapaz de hacer lo mínimo para procurarse la existencia y por eso depende de fuerzas exteriores a él que le permitan tener esperanza para alcanzar lo que sea que quiera, que por lo general son pendejadas.

—¿Pero entonces por qué le prendiste fuego?

—Ya te dije que esa gente carece de luz propia. Yo solo quería darles un poco de la mía. —Y entonces sonrió de la misma manera que antes, tan hermosamente aterradora. — Debo marcharme por un par de días, te encargo a los peces.

—¿Cómo así que te vas? ¿Para dónde? —Ella no respondió, pero dijo: “Oye Serafín, ¿recuerdas que te dije que debías demostrar que eras capaz de amar?”

—Lo recuerdo.

—Pues fracasaste. Puedes conservar el encendedor y recuerda cuidar a los peces. Adiós.

Dicho esto Beatriz cerró la puerta y bajó como un rayo despidiéndose de todos con un grito —¡adiós, gracias por todo! —y entonces desde la ventana la vi salir, afuera la esperaba el carro rojo que nos había traído antes, seguramente con el mismo tipo que nos había traído aquella noche después del concierto.

—¡Oye Beatriz! Muérete maldita puta, maldita loca. Ella volteo antes de subirse al carro —muérete, pero no me olvides.

—Volveré pronto, lo prometo.

—No te creo desgraciada, púdrete maldita hija de puta. — Beatriz sonrió y me lanzó un beso con sus manos, entró al carro y la vi cómo se perdía a gran velocidad, la vi abandonar esta ciudad cubierta por gargajos, la vi perderse entre edificios y nubes grises, vi cómo se alargaba la distancia entre nosotros como un espacio corrompido y habitable por donde ahora pasaban los vecinos a pasear a sus perros, las mariposas atravesaban el viento entre nosotros, también cables y postes eléctricos, la distancia que nos separaba abría nuevas posibilidades para que surgieran grandes ecosistemas, entre Beatriz y yo ya había mucho espacio que era atravesado por muchas cosas, entonces me toqué

con cualquier poema y navegar sobre el agua que lleva su nombre (Beatriz), y no me canso de pronunciarla (Beatriz), porque cuando la pronuncio se me vuelve real, física, por un momento salta de la pantalla digital y la veo enfrente y observo como me mira, con ese temblor en los ojos que podría matar a un toro y hacer estallar un planeta.

El tic tac de mis dedos golpeando las teclas ahora es parecido al de la lluvia cuando cae sobre los techos de zinc, soy como un aguacero y no quiero escampar mientras escribo, soy un aguacero y estoy inundando mi pantalla con su nombre Beatriz

Beatriz, Beatriz, Beatriz

Beatriz

Beatriz, Beatriz, Beatriz

Beatriz, Beatriz, Beatriz

B
E
A
T
B
e
a
t
r
i
z

Beatriz

Beatriz

Beatriz

Beatriz

Beatriz, Beatriz, Beatriz

Beatriz

Beatriz

¡Déjate pronunciar por mi locura, por mi soledad, por lo que sea, pero deja que te pronuncie una vez más!...

Quisiera que Beatriz dejara que la tuviera ahora como la tuve alguna vez.

En la punta de la lengua...

Es decir. De los dedos...

Para que me dejara pronunciarla.

Y decir —Beatriz— y entonces escuchar su voz atravesando el aire —¿dime? —, Y quedarme en la quietud de la habitación, en la quietud del mundo escuchando el sonido que despega de su boca empapándome la vida. Y ahora me doy cuenta que soy diferente a Beatriz porque para ella las palabras no significan nada, pero para mí las palabras son una manera distinta de amar, pronunciarla a ella es una forma de mantenerla real, es una manera de tenerla al lado mío mientras la imagino proponiéndome quemar la ciudad, la nación, el mundo, el universo. Las palabras son como cuchillas que cortan la distancia que nos separa. Me doy cuenta que escribir ahora como lo hago es una manera de recordar a Beatriz y aunque esa no sea la razón que explique por qué escribo como escribo tal vez esa sea una manera de dar respuesta a parte de una pregunta que aún espero responder.

El incendio que causó Beatriz no fue el único incendio de la ciudad aquel día, quemaron e implantaron bombas en otras iglesias y en dependencias gubernamentales, en estaciones de policía, en bancos, en oficinas de mensajería y en los psiquiátricos también, la gente calificó todo aquello como acciones terroristas y tenían razón, o bueno, para los ciudadanos todo aquello era descabellado e innecesario, los terroristas no se habían llevado nada, no robaron nada, lo único que habían dejado en cada edificio que destruían era una frase escrita en la pared con letras rojas: “*Contágate de*

sida y llévate unos cuantos”. Habían dejado también algunos volantes que llevaban como título la misma frase:

“Contáciate de sida y llévate unos cuantos”

Una campaña a favor de la extinción de la plaga humana.

La gente lanzaba todo tipo de teorías al respecto, decían que aquellos insensatos eran fanáticos religiosos, enfermos mentales, alguna gente llegó a decir que todo aquello era obra del País del Sur y por un tiempo se miró a los extranjeros como a un enemigo que era capaz de cortarte el cuello si le dabas la espalda, a veces escuchaba a las señoras que se sentaban a cotorrear sobre los marcos de las puertas de sus casas, a decir que todo aquello era obra de Satanás, que todo aquello era un castigo y además era una señal que anunciaba la segunda llegada de Jesucristo como juez de toda la humanidad y entonces se santificaban y se decían a sí mismas —que Dios me tenga en su santa gloria— y entraban a sus casas a difamar de las vecinas como todos los días.

La verdad es que yo no sabía ni sé nada al respecto, lo único que sé es que Beatriz es parte de todo aquello, lo único que sé es que Beatriz tiene una forma muy extraña de amar, su amor es como un fuego que lo quiere quemar todo, incluso a mí me empieza a quemar por la punta de los dedos y me hierva la sangre, me siento incendiado al caminar por la calle y al darme vuelta y ver mis pasos parezco que dejo restos de ceniza regados por todos los caminos.

Me he dado cuenta que hay una mancha de humedad en mi cuarto que se parece a Beatriz, parece como si estuviera de perfil viendo mi escritorio, si uno la mira detenidamente incluso puede llegar a ver que sonrío, la miro y le digo —todo este reino es tuyo— las latas de gaseosa que he acumulado con los años, el colchón apolillado que compré a uno de los inquilinos que pasó por esta casa, las revistas que llevan en sus portadas a mujeres hermosas que tienen vidas perfectas, el súper nintendo con los casetes de Super Mario, Don King Kong, e incluso, el de killer Instinct que

es mi tesoro más valioso porque por mucho tiempo fue lo único para lo que fui bueno, las medallas del tercer lugar que gané en algunos torneos de fútbol, la bacinilla de plástico que guardo bajo mi cama que no sé por qué conservo pero que me recuerda a mi infancia, las cuatro camisas a cuadros, tres pantalones y tres calzoncillos que llevo como uniforme de Serafín Pacheco —todo esto es tuyo— le digo a la mancha de humedad que se parece a una Beatriz de perfil, este palacio es tuyo si decides ser mi reina. Pero entonces recuerdo que a Beatriz no le agradaba entrar a mi cuarto porque no tiene ventanas y el techo es más pequeño que el de su habitación —no me gusta estar encerrada —decía. Y ponía cara de enfado cuando debía entrar por alguna razón. Pienso entonces que para la mancha que se parece a Beatriz de perfil debe ser una tortura estar en mi cuarto, —no hay remedio preciosa, —le digo —debes permanecer inmóvil en esa pared, no debes mover ni un pelo. Entonces la mancha me sonríe. Debo estar volviéndome loco.

He detenido mi vida por Beatriz, he puesto mi vida al pie de la ventana esperando a que se aparezca por algún extremo de la calle gritando mi nombre, pero no pasa nada, me digo a mi mismo que es posible que no vuelva, tal vez si hubiese lanzado el encendedor sobre el charco de gasolina aquel día yo me hubiese ido con Beatriz, hubiésemos huido juntos y ella no se alejaría de mí porque sabría que la amaba, pero no, la realidad es otra, yo no soy un tipo que quema iglesias, no soy un tipo que quema personas, soy un tipo que sueña con una mujer vestida de pájaros, soy un tipo de 20 años atrapado en la imposibilidad de ser otro además de Serafín Pacheco, no tengo talentos, ni sueños hermosos, no aspiro a nada y todos los días se me vuelven contra mí, al instante, cubiertos de cuchillos y metrallas exigiendo que los viva, pero yo no quiero vivir ni días ni noches ni madrugadas, podría estar tumbado todo el día sobre mi cama soñando con ser uno de los pájaros que tiene tatuado Beatriz sobre los hombros, —la vida está en mi contra —me digo, me miento, y entonces comprendo que estoy cargado de resentimiento y estoy a solo un paso de convertirme en aquellos sujetos que Beatriz decía detestar. Si no es que ya lo soy.

Últimamente sueño mucho con Beatriz, sueño con hacerle el amor y siempre amanezco mojado, sueño mucho con Beatriz y no quisiera, me gustaría sacármela de la cabeza, del corazón, me gustaría sacármela de las pupilas y dejar de verla en todas partes, en las manchas de humedad que hay sobre las paredes de mi cuarto, en las caras de las mujeres que me sonríen sin saber que yo me llamo Serafín Pacheco, tengo veinte años y no he hecho nada en la vida que merezca que una mujer hermosa me sonría en la calle para alegrarme el día, me gustaría dejar de ver las tetas de Beatriz en todas las tetas de las putas que se atraviesan en mi camino. A veces me masturbo mirando la mancha de humedad que se parece a una Beatriz que sostiene de perfil la pared de mi cuarto y entonces mancho todas las sabanas de esperma y entra mi madre aspira el aire de mi cuarto y me pregunta que si he estado comiendo pescado y le digo que no, entonces pienso que lo que huele mi madre es todo el semen acumulado sobre el colchón de mi habitación que huele a pescado. Recuerdo que el tipo que se suicidó en la 6 y decía ser escritor, hablaba de que los poetas debían estar siempre manchados de sangre, de semen y de mugre, que no creía en poetas con las manos limpias, que los poetas siempre debían estar involucrados con alguna escena de algún crimen y que por lo general ese crimen era su propio asesinato. Pero yo no sé nada de poesía ni de asesinatos, lo único que sé es que mi madre dice que esta habitación huele a peces, imagino que el mar huele a semen de ballenas azules, a semen de Dioses amarillos, a semen de marineros solitarios que se masturban con el recuerdo nostálgico de sus esposas que esperan al otro lado del mar, el mar huele a pescado igual que esta habitación en donde podrían navegar y naufragar todas las flotas del mundo, este mar hecho de nostalgia y soledad. —Podrido, huele a pescado podrido este chiquero —dice mi madre y cierra la puerta.

He estado caminando todo el día alrededor de la ciudad, me he encontrado con amigos y conocidos de la infancia pero solo he encontrado holaComoHasEstado en las bocas de todos y ninguno, preguntan como si quisieran escuchar realmente como estoy o como está cualquier otro, pero

lo único que quieren es ser cordiales, no parecer bruscos, secos, lo único que quieren es que creas que son sociables e indefensos para no levantar sospechas de que en realidad no les importas un carajo y si te atravesaras en su camino podrían arrancarte la cabeza —muy bien, ¿y tú? —Les respondo, porque tampoco quiero levantar sospechas.

Después de darle vueltas a la ciudad, de sentarme en muchas esquinas y de echarle polvos mentales a todas las mujeres succulentas que lograba atrapar con mis ojos me he encontrado con el señor Sabela, o señora, no lo sé, hoy es viernes en la noche y el señor Sabela acostumbra a dejar de ser el señor Sabela para convertirse en otra cosa, habla y se mueve de manera distinta, me dice —hola guapo, qué bien te luce esa camisa —y me acomoda el cuello como coqueteando conmigo. Tiene una peluca de pelo negro que le llega a los hombros y además le tapa la cabeza calva, lleva una chaqueta de leopardo que lo convierte en una especie de animal feroz que se desliza en tacones y se aproxima sigilosamente hacia cualquiera que crea es lo suficientemente bueno como para convertirse en su presa. La verdad se ve muy bien, y de hecho se lo dije —señor Sabela, se ve fantástico, parece una cantante en su noche de gala.

—Gracias muchacho, pero por favor llámame Martha.

La noche nos rodea como una sábana oscura llena de agujeros que parecen estrellas, uno de los muchos amigos del señor Sabela, es decir de Martha, está vestido de tigresa o de gaviota y forma una pistola con su mano y con su dedo índice dispara al cielo ¡Bang-Bang!, y no sé si fue él quien le hizo tantos huequitos a la noche, pero me apunta con su mano y yo le digo con las manos arriba —tranquila princesa, ya estoy demasiado roto como para que quieras abrirme otro orificio por donde se me escape la vida. Entonces ella guarda su arma en su funda imaginaria y se acomoda el paquete. —¿Quieres muñeco, puedo metértelo por los orificios que ya tienes? —Le digo que no y entonces Martha me toma del brazo y me aleja del travesti que agujerea la noche con sus disparos invisibles.

Los anuncios de neón nos atraviesan las pupilas y ponen a cabalgar sobre nuestro cerebro a cebras que alucinan con el sexo de las rosas. La noche se nos mete por las venas inyectándonos el sudor que se le destila a las alas de libélulas congeladas, la noche del señor Sabela, es decir Martha sabe a tránsito de noche lluviosa, a vapor de caño, a un beso que se da en mitad de una calle vacía con sabor a sangre y a esperanza —bebe —me dice Martha —y entonces yo bebo, y mi reflejo en el charco empieza a carecer de sentido, de ojos, de nariz, de orejas, de Serafín Pacheco y entonces se convierte en una mancha amorfa llena de luces y me siento un poco mejor, porque al parecer dejo de ser quien soy para ser alguien sin nombre, e incluso dejo de ser alguien para convertirme solamente en una mancha dibujada en un charco de una calle olvidada por el mundo, soy una mancha y no Serafín Pacheco y eso me gusta. Me he acabado la botella que me ha pasado Martha, en su etiqueta solo pude distinguir la palabra “artemisa” y ahora me siento un poco extraño.

El señor Sabela, es decir Martha me ha hecho caminar seis calles hasta llegar a un sitio llamado: EL ESTÓMAGO DEL ZORRO ASTRONAUTA. —Te va a encantar este lugar Serafín, te lo aseguro —me dice. Han dibujado en la pared del frente un zorro con la boca abierta de tal manera que si alguien se situara en la otra calle y nos mirara se daría cuenta que la puerta es una gran boca de zorro en la que nos metemos dispuestos a que este nos devore. El lugar es largo y angosto con las paredes pintadas de rojo y de verdad da la impresión de estar dentro del estómago de un zorro, Martha me dice que la espere mientras va al baño y mientras tanto veo un hombre anciano que es casi un cadáver y está sentado en la primera mesa de aquel lugar, las mesas y las sillas son círculos acolchados y cubiertos en cuero rojo y negro, el anciano besa los labios de una muchacha joven y me mira diciendo que en sus labios está sepultando los cadáveres de 10 soles, la muchacha abre la boca y me sonrío y su sonrisa se convierte en un cuchillo que viaja a través de la habitación abriéndome el pecho, yo me miro pero no sangro y no tengo heridas, solo tengo la certeza de estar en un lugar extraño y de pronto

una niña vestida de amapola me dice que no tenga miedo, y entonces de mi vientre surgen peces de colores que nadan en el aire, quiero preguntarle a la niña que está pasando en aquél lugar pero una multitud de golondrinas estallan en su cuerpo volando a la niña en mil DocientosCuatroMillones de pedazos. Una golondrina vuela alrededor de mi cabeza y me dice —avanza— y entonces camino y observo en la otra mesa a un hombre que está quitándose un traje, pantalón y camisa, y después va desgarrándose la piel doblándola encima de sus zapatos, así continua con su tejido muscular y su esqueleto hasta que de el tipo no queda sino un manojo de planetas y galaxias que orbitan alrededor de un sombrero, quiero gritar mi nombre para ser Serafín Pacheco y no la mancha que he sido desde el momento en que entré a este sitio y olvidé mi reflejo en un charco de una calle olvidada, pero entonces el tipo del sombrero me dice que no grite porque si no despertaré al hombre que me sueña y entonces moriré. Me callo, y siento que soy arrastrado por ballenas microscópicas que se mueven debajo de mis pies. Una mujer se corta las muñecas y sangra relojes por las venas para rejuvenecer dos siglos, un ave atraviesa el cielo y me lleva hasta otra mesa que es en realidad un planeta que está dibujado sobre la frente de una garza, en el una mujer obesa apila un montón de hojas sobre sus tetas y dice —todo poema es un animal vivo, todo ser vivo puede convertirse en un poema —y entonces los papeles que estaban en sus senos se vuelven pájaros que atraviesan de adentro hacia afuera el estómago del zorro y todas las personas que estaban sentadas en las mesas se convierten en arcoíris y poemas. Siento que un diluvio se posa sobre mi cara. Es Martha que me ha tirado un vaso de agua sobre los ojos.

—Mierda, Martha, ¿qué es todo esto?

—Tranquilo, no dura para siempre —dice ella mientras se ríe.

—¿Pero que ha sido todo eso?

—Mira para atrás. —Cuando miré no vi nada más que sujetos comunes sentados sobre sus mesas comunes, ni

planetas orbitando alrededor de un sombrero, ni ríos de ballenas, ni aves, ni nada —¿Qué crees que ha sido? —Has sido tú, lo que está aquí dentro —dice ella mientras me toca el pecho con sus dedos que tienen sus uñas pintadas de rojo brillante —lo que tienes dentro y ha salido a dar un paseo por un rato transformando el mundo de afuera.

—¿Cuál es mi nombre Martha? —Le pregunto a ella para cerciorarme de que sigo siendo el mismo.

—Querido tú te llamas Serafín —dice ella, y quisiera alegrarme de su respuesta pero no puedo.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, había una luz roja encima de nosotros que daba la impresión de que todo se cubría de sangre, pero el objetivo real era recordarles a todos que estaban dentro de las entrañas de un animal grande por quienes habían sido devorados.

La verdad nunca supe si todo aquello fue un evento apartado del mundo real, si fue un desplazamiento hacia una realidad distinta a la que tengo enfrente mío ahora mismo, fui muy simple en el momento y lo reconozco, pensé que todo aquello había sido producto de la bebida que me había dado Martha y dejé el tema por acabado, fui al baño y me miré en el espejo mientras Martha pedía algo de beber y algunos bocadillos, cuando me miré en el espejo la sorpresa fue grande, reconocía la boca y las orejas, la nariz y la frente se me hacían igual de familiares, podía decir con toda seguridad, esta es mi nariz y estas mis orejas y han sido siempre mías, pero había algo extraño en mis ojos, los notaba ajenos, me miré en todos los ángulos y en todos sentía que desentonaba con el resto de mi cara, como si tuviera los ojos de otro hombre y no los ojos de Serafín Pacheco y entonces pensé en mis ojos y en el hecho de que nunca me había puesto a mirarlos detenidamente a diferencia de los ojos de Beatriz que si había visto muchas veces, y que parecían un bosque lleno de cuevas donde uno podría dormir fácilmente cien noches, pensé en mis ojos y en lo que había visto, —lo que has visto con tus ojos dice mucho de quien eres, —me dije, y entonces recordé el rostro

de mi madre y de mi abuelo que han sido la única familia que he conocido, los vi orbitar alrededor de mis pupilas y luego meterse dentro de mis ojos, he visto —dije— muchas puertas y ventanas y por ellas he visto atravesar muchos hombres intentando buscarle sentido a las cosas que los atraviesan a ellos, he visto siempre la misma luna adornando la misma ciudad pero cada vez alumbrándola de manera distinta, he visto morir, he visto matar, y he visto al asesino y al asesinado fundiéndose con sus miradas intentando encontrar sentido a la vida y a la muerte, y entonces veo la voz de Beatriz atravesar el baño de caballeros.

“La vida no tiene sentido

La muerte no tiene sentido.

Lo único que tiene sentido es el amor

Y el amor es un fuego que incendiará al mundo”

He visto como una muchacha vestida de jardines lleva el infierno en su sonrisa sin dejarlo caer cuando abre la boca para pronunciar mi nombre, he visto a mujeres con la edad de mi madre ser asesinadas por el tedio, y he visto al tedio morir bajo las manos de niños de ojos amarillos que le imprimen vida a los días moribundos, he visto que el silencio no es la ausencia de palabras sino el instante que espera a que algo importante sea nombrado, y he visto a ese instante gris hacerse real ante mis ojos durante el tiempo en el que me demoro en pronunciar su nombre, he visto en un espejo los ojos de alguien que creía no era yo, he creído ver sobre mi cara otros ojos y al final he visto en esos ojos la vida que he tenido, que he mirado, —deben ser mis ojos —me digo, y entonces me despido del tipo que me mira sin ojos detrás, desde el otro lado del espejo.

Cuando regresé del baño me di cuenta que en la mesa Martha estaba con alguien más, era un travesti bastante extravagante, se vestía como una mujer pero tenía una barba espesa que le llegaba hasta el inicio de su cuello.

Me senté sin decir nada porque el de la barba y el señor Sabela es decir Martha estaban hablando entre los dos pero Martha me presentó. —Este es Serafín —le dijo al de la barba mientras me señalaba con el mentón.

—Mucho gusto Serafín, yo soy Jessica y estoy para lo que necesites.

—Jessica es un nombre muy bonito ¿Pero antes de llamarte Jessica cuál era tu nombre? —Le pregunté como para meterme en la conversación.

—¿A qué te refieres? —Preguntó Jessica la chica de la barba.

—Me refiero al nombre que tenías antes de ser ahora quien eres, por ejemplo, a Martha antes de conocerla como Martha la conocía como el señor Sabela. —Martha me hizo una seña con la cara, y dijo, —¡Serafín, eso no se pregunta! Reduce el encanto que encierra la transformación de ser quien se desea ser —pero Jessica resolvió un gesto como conteniendo toda la bondad del mundo en sus labios, como si tuviera el rostro hecho de palomas y de lirios y entonces dijo: —Tranquila bonita —dijo mirando a Martha, —no hay ningún problema en responder. Mira Serafín antes de llamarme Jessica yo me llamé Carlos, y antes de eso yo me llamé Jesús y viví hace mucho tiempo en un sitio conocido como Nazaret y fui perseguido y crucificado, y entonces después de dos siglos resucité en este lugar donde volví a ser un hombre de carne y hueso al que llamaban Carlos y trabajé como obrero construyendo edificios, pero todos los edificios y rascacielos empezaron a descuartizar a las nubes y a atravesar a las palomas con sus puntas de acero, entonces me volví relojero pero todos los relojes que fabriqué marcaban la media noche y yo siempre quise que fuese mediodía sobre las cabezas de los hombres, luego me convertí en profesor de escuela pero me echaron porque había enseñado a los niños a dibujar sobre las últimas hojas de sus cuadernos planetas y mundos nuevos donde se pudiese vivir y cantar y jugar fútbol cuando este mundo se hubiese hecho trizas, les enseñé a recorrer por el torrente sanguíneo de las personas hasta llegar al corazón

para modificarlo y así llenarlo de azucenas, les enseñé el significado de la palabra recreo pero todos querían que ellos aprendieran el significado de la palabra obediencia para que fueran pulcros y correctos, pero ellos no podían obedecer a nadie porque ya habían aprendido a obedecerse a sí mismos y a obedecer el instinto de cazador de estrellas, estrellas que luego dejaban debajo de las almohadas de sus padres para que se les incrustara en sus sueños. Y un día antes de acabar el curso de homonautas los niños se convirtieron en mariposas y fueron fusilados sobre la pared blanca de la rectoría. Incendí después la escuela y empecé a matar la tristeza con whiskey y de pasó empecé a matar a Carlos y siendo aún Carlos vomité un abecedario sobre mis zapatos y una libélula de plata formó con sus alas una palabra en el aire: “JESSICA” que es la palabra que ahora me contiene. Yo intenté anunciar el final pero nadie nunca me creyó y nadie advertía el mensaje que escribían los pájaros en el cielo, porque todo mundo ha olvidado el lenguaje de las aves para aprender el de las ratas, porque todo al que le digo “te amo” me responde: “y cuanto me cuesta”.

—Oye, espera. —le dije, —de verdad estás diciendo que eres Jesucristo.

—No. Te dije que lo fui, ahora no soy otra persona que Jessica la chica de lengua dulce que enamora a los hombres tristes en la esquina de la calle sexta, no soy Jesucristo, no soy Carlos, solo soy Jessica.

Me quedé un rato mirando a Jessica la chica de la barba espesa que decía ser la reencarnación de Jesucristo, ella hablaba con Martha, le contaba que la noche anterior unos tipos habían bajado de un carro y les habían gritado que eran una porquería, pecadores y degenerados, y entonces Jessica les había dicho: “a ver gonorreas, el que esté libre de pecado que lance la primera piedra, y que la tire si es tan valiente para que vea cómo le va”, Y entonces había salido gente de otro carro y empezaron entre todos a tirarles ladrillos y piedras, todos los travestis que trabajaban en aquella esquina tuvieron que correr y a una tal “Daisy” se le había roto el

tacón y se cayó, y por eso la habían cogido en el suelo y le dieron zapato hasta que quedó inconsciente. —La pobre está en el hospital con la cadera fracturada, pero Lore alcanzó a chuzar a uno de esos pirobos —terminó por decir Jessica y en ese momento los demás travestis llegaron con otra gente al ESTÓMAGO DEL ZORRO ASTRONAUTA y el estómago se hinchó de besos y alegría, empezaron a pedir música para bailar entre ellos y también para bailar con la gente que estaba sentada, gritaban y reían, hacían parte de una felicidad y una confianza que era dolorosa de ver porque no eras parte de aquello, todo parecía ser parte de una ceremonia donde Jessica era la sacerdotisa, decía: bendito sea el estómago en el que nos encontramos siendo devorados, benditas sean sus manos que se resbalan por los culos de sus prójimos, benditos esos culos porque en ellos está el reino de los cielos, benditas sean sus lenguas que han de lamer el sexo de los hombres tristes y los harán conocer el paraíso, benditos, benditos sean, benditos sean porque son reales y puedo verlos con mis ojos y benditas sean sus gargantas porque pueden cantarle al mundo pero también pueden tragárselo, benditos sean ustedes que han sabido escribir poemas sobre las vidas que han tenido y ahora recitan esos poemas con la fuerza de 30 soles para que todos puedan escucharlos, bendita sea su vida y bendita sea su muerte porque han sabido pecar y vivir con la misma intensidad, porque la gente cree que hace tiempo dije “arrepíentete y te salvarás”, pero yo les digo ahora; “crea algo hermoso y ya estarás salvado” y ustedes que se han creado a sí mismos ya son hermosos, benditos sean ustedes porque tienen el pecho y el sexo lleno de amor. La verdad es que podía haber ido e integrarme, rosarme con los cuerpos y beber de sus botellas y seguramente me hubieran recibido con los brazos abiertos, pero mientras tanto yo me quedé en la mesa observando como todos se abrazaban y se besaban y se decían cosas bonitas entre ellos, pensé que era la forma más honesta de amar colectivamente y pensé en Jessica y el Señor Sabela, pensé que el señor Sabela no quería ser el señor Sabela y que por eso había decidido ser Martha, nacer es un error —me dije— la vida es un error, el señor Sabela ha podido transformar ese error y convertirlo en alegría, ha inventado una vida distinta donde es feliz, donde besa y ama

como es debido. Jessica también ha reparado ese error, ha inventado otra vida, y es posible que haya inventado también sus vidas anteriores, yo por el contrario aunque me pinte la boca y me ponga faldas cortas y me depile las cejas no dejaría de ser yo, aunque me vistiera de alguien más cuando me mirara al espejo no dejaría de ser Serafín Pacheco y es por eso que de cierta manera sentía envidia de esa gente.

Jessica regresó a la mesa y me presentó a Fernanda, Fernanda no era un travesti, solo era una chica a la que le gustaba estar entre ellos —es que esta gente es severo voltaje —decía, Y mientras tanto bebía y gritaba y me besaba la mano y le acariciaba la verga a Jessica, en esos momentos Martha llegó y me pidió que nos fuéramos, pero yo no quería volver a la casa a encerrarme en mi habitación donde había una mancha de humedad que se parecía a Beatriz de perfil y me miraba mientras yo intentaba dormir, o regresar a mi cama donde dormía en soledad y siempre soñaba de una u otra manera con Beatriz. —No, —le dije —yo me quedo un rato y voy más tarde. Martha se fue y yo me quedé en EL ESTÓMAGO DEL ZORRO ASTRONAUTA que iba devorando sin demora a todos los presentes y la música a su vez iba devorando la tristeza.

Pasé dos o tres días dentro de aquel lugar, no recuerdo dormir ni comer aunque creo que lo hice, recuerdo las botellas que iban apilándose en las mesas y debajo de las sillas, recuerdo el sonido de personas al vomitar, los muchos besos que di y me dejé dar, recuerdo el cuerpo desnudo de una mujer encima de la barra a la que le habían dibujado muchas rayas de cocaína sobre la piel, recuerdo el olor de sus senos, de su pelvis, de su boca donde florecían palabras que no había dicho y se enredaban en la encía de todos los que la besaban, recuerdo a Jessica decirme —oye Serafín le decimos al amor amor, a la vida vida, y creemos amar y vivir y conocer el hechizo de las palabras, pero la verdad es que nadie sabe nada porque todos los mundos están por mencionarse y todos serán dichos, pues en la boca de una niña azul aguarda un nuevo universo que está por ser nombrado. Recuerdo preguntarle a Jessica (jugando) que si había venido de nuevo

a la tierra para juzgar por última vez a los hombres, recuerdo preguntarle —oye Jessica, ¿Cuándo acabará el mundo?

—El mundo ya ha iniciado su final, pero el final del fin del mundo acabará cuando termine la fiesta o yo me canse de bailar. La alegría de los demás es lo que sostiene esto Serafín. No lo olvides.

Y entonces me quedaba pensando que si fuese verdad que Jessica era la reencarnación de Jesucristo el mundo se mantenía siendo mundo gracias a la gente que no paraba de alegrarse por estar vivas y a cada momento iban celebrando el tiempo que tenían, la gente que estaba dentro del ESTÓMAGO DEL ZORRO ASTRONAUTA eran quienes practicaban el ejercicio santo de vivir.

El mundo al parecer se detuvo cuando estuve en EL ESTÓMAGO DEL ZORRO ASTRONAUTA, cuando salí de ahí tuve la sensación de haber estado dentro por mucho tiempo —cuando estamos lejos de la órbita de la tierra el tiempo no es el mismo, el tiempo es distinto—, eso fue lo que me dijo el señor Sabela cuando me lo encontré de paso cuando regresaba a casa y él iba a dar clase a la universidad. Estando en casa me acosté en mi cama y miré la mancha de humedad en la pared que ahora parecía agrandarse un poco más, parecía tornarse más oscura, de alguna manera distinguir a Beatriz en aquella mancha se me hizo más difícil, pero lo único que quería en aquél momento era dormir, no ver manchas ni Beatrices en paredes. Antes de acostarme me limpié la nariz en el lavamanos, limpié la mezcla entre cocaína, mocos y sangre que no me dejaba respirar con tranquilidad. Me acosté y me dormí. Eso es lo que sé. Lo que sucedió fue lo siguiente:

Tengo la sensación de estar en un sueño, de hecho sé que estoy dentro de un sueño —puedo hacer lo que quiera —me digo. Y entonces imagino que mientras me doy vuelta en mi cama estoy sentado en uno de los anillos de Saturno y unas mujeres intergalácticas vestidas de nebulosas intentan mordirme los

*labios, los muerden y de mi sangre surgen galaxias donde todos los planetas con sus habitantes acogen el canto de un pájaro como himno, porque cantar es vencer la muerte que tenemos en la boca cerrada como tumba, porque cantar es bondear todas las banderas y ninguna, porque toda boca que canta, habla de la vida y la alegría. Una muchacha pasa al lado mío y me dice que se ha hecho cirugía plástica para remover sus órganos y cambiarlos por bocas, —mira —me dice, y entonces se remanga el suéter para descubrir su vientre, tiene una cremallera que le atraviesa la mitad del ombligo, al abrirla veo que todo dentro de ella son bocas que pronuncian mi nombre al unísono —Serafín, serás*fin —dicen, y luego entonan un Rock and Roll que perfora el universo de lado a lado, de arriba abajo, de atrás para adelante hasta que todo el universo se vuelve un hueco que se traga todo menos el canto, porque de todo no debe quedar sino el canto de una niña que dará testimonio de que se ha existido.*

Me encuentro en una playa que ha aparecido de repente ante mis ojos, en ella unos niños lanzan piedras a unos gigantes que intentan beberse el mar con las manos, no los dejes, me dicen, y entonces lanzo piedras a sus ojos hasta que se quedan ciegos y se convierten en montañas, los niños se transforman en peces y regresan al mar, yo voy tras ellos para sentirme menos solo en esta playa donde la arena es tan blanca como el esperma de una nube en invierno. Un hombre que ha sido decapitado por una flor que germinó violentamente carga su ataúd, ¡carga tú también tú ataúd, carguemos todos nuestros ataúdes porque el mar nos espera con las piernas abiertas! Y entonces toca el agua y todas sus células se convierten en gotas azules que recogen los cangrejos con sus pinzas, yo lo sigo y me meto al mar e intento nadar pero el agua se convierte en un pulpo que se mete por mi boca y no me permite respirar, me trago el agua, los tentáculos del pulpo, siento que me ahogo, estoy en un sueño, en mi sueño, me digo, pero aun así no puedo controlarlo, no puedo evitar estar como estoy, al borde de la muerte, pienso que cuando entren a mi habitación y recojan mi cadáver mi madre estará muy avergonzada de la forma en que morí, durmiendo como un viejo en un ancianato,

con los calzoncillos rotos y con una mancha café sospechosa en las nalgas, tal vez sea el primer imbécil al que uno de sus sueños lo ha matado, nunca he sido el primero en nada, lo malo es que nunca nadie lo sabrá, me gustaría que alguien lo supiera, me gustaría haber sabido que un sueño me mataría antes de acostarme para así poder escribirlo y dar constancia de mi muerte, no sé si cuando uno muere despierta en sus sueños, o después de eso sueña que ha despertado y vive una vida paralela a la que ha tenido pero dentro de otro sueño, del sueño de su muerte, no sé, pero dejo de luchar y me dejo arrastrar hasta lo profundo del mar donde ya no se ven los peces de colores ni los rayos de sol se logran distinguir sobre la superficie, cierro los ojos, voy a morir. Cierro los ojos.

Cuando desperté me encontraba sobre una roca, digo despertar porque tuve esa sensación, al abrir los ojos aún seguía soñando y me salía agua y peces dorados por la boca cuando tocía, sentí nadar un cardumen de peces en mi estómago, los vomité todos y me agradecieron con aplausos haberlos regresado al mar, recordé que alguien me había tomado con sus manos y me había puesto a salvo. Entonces una sirena salió nadando entre las aguas. —¿Es tu sueño, verdad? Sueñas cosas muy bonitas que casi te matan.

—Claro que es mi sueño, tu deberías saberlo porque eres parte de él —le dije, y ella sonrió.

—Te equivocas, todo este lugar lo has soñado, pero yo soy real, por alguna razón he terminado en todo esto que es tu sueño. Dijo la sirena mientras chapoteaba y me lanzaba agua a los ojos.

—Un sueño jamás admitiría que es un sueño, tú eres mi sueño y punto, pero digamos que no lo eres. ¿Cómo terminaste aquí?

—La verdad no lo sé, a veces estoy nadando en el mar y alguien termina soñando con agua y por alguna razón termino nadando en su sueño por algunos instantes mientras duerme, hace rato estaba buyendo de unos sujetos extraños que me perseguían, eran como unos ángeles.

—¿Y qué pasará cuando yo despierte? ¿Morirás?

—No, tú despertarás y seguirás con tu realidad, en tu cama, en tu cuarto, bajo el techo en el que dormiste, yo seguiré en mi realidad, probablemente buyendo de los tipos que me persiguen.

—¿Por qué te persiguen? —Le pregunté.

—La verdad es que no lo sé, pero todo eso pasó después de ayudar a unos tipos cuando su barco se hundió en el mar, al parecer transportaban cocaína a escondidas en las páginas de libros de poesía, y los mismos sujetos que me persiguen probablemente los perseguían a ellos.

—Eres un sueño complicado, ¿tienes nombre?

—Mi nombre es Esperanza —y cuando dijo eso me pidió que la acompañara y que no fuera a despertar porque quería quedarse un rato más en mi cabeza.

—Yo soy Serafín, llévame a donde quieras. De todas formas no saldremos de mi sueño. Me pidió que soñara con una ballena para que pudiera subirme sobre su espalda y así poder nadar con ella, entonces soñé con una ballena a la que le pusimos Ricardo Azul, y su cuerpo lo cubrimos con girasoles rebeldes que no dejaban de girar sus cabezas al sol para mirar y seguir a Esperanza que se había convertido en su nueva estrella, sígueme, decía, y entonces Ricardo Azul nadaba y yo le pellizcaba sus aletas, —eres la cosa más hermosa que he soñado —le decía a Esperanza, —has sido capaz de soñar el sueño más bonito donde me he perdido —me respondía ella. Y mientras tanto del cielo caían pájaros cansados de volar y hacían piruetas graciosas en el aire, Esperanza atrapó un pájaro con las manos, —tener un pájaro muerto en las manos es la cosa más triste del mundo —me dice ella, y entonces lo agarró, lo tiró al aire, y volvió a volar.

—Tranquila preciosa, este es mi sueño y aquí no muere ningún pájaro ni ninguna sirena.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Y entonces Esperanza dice que soñar un buen sueño equivale a hacer una gran obra musical, me dice que la música y los sueños se parecen, ella me dice que una vez nadó en un sueño dentro de un vaso de agua que pertenecía a un músico y desde la mesa de noche lo vio trabajar; —debió ser un músico muy disciplinado para trabajar hasta en sus sueños —le digo —es que la música y los sueños se parecen, repite Esperanza.

Ricardo se ponía triste cuando acababa el atardecer así que le pedí a Esperanza subir sobre la espalda de Ricardo Azul y así soñé con miles de atardeceres.

Mientras nosotros los veíamos y descansábamos sobre la espalda florecida de Ricardo, él sonreía sorprendido al ver el cielo atardecer una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, y cuando miré a Esperanza y ella me miró nos dimos cuenta que ambos habíamos envejecido 100 años, el sol se había ocultado en las montañas 36525 veces y cada día habíamos envejecido un poco más, en nuestras pieles habían tantos pliegues que asemejaban las hojas de un libro, así que retrocedí el sol y ambos volvimos a ser jóvenes.

Esperanza dijo que el tiempo era una mierda, que el tiempo daba la ilusión de que todo empezaba en algún punto y terminaba en otro, yo le dije que el tiempo era una mierda pero que la eternidad era ese instante al lado suyo nadando en alguna parte de mi cabeza, que la eternidad era la plenitud y la dicha sobre el lomo de una ballena azul que nadaba en los mares de mi sueño hacia algún lugar en el horizonte que todavía no habíamos imaginado.

Esperanza se había quedado jugando con las nubes que habían caído al mar al haber sido agujereadas por una parvada de aviones de papel, yo alimentaba a Ricardo Azul arrojándole peces y camarones que tenía dibujado sobre un

libro, fue entonces cuando oímos a Esperanza gritar. —¡Son ellos! —gritó Esperanza, y vi como dos hombres vestidos de negro y con alas en sus espaldas intentaban atrapar a Esperanza que nadaba hacia mi apresuradamente.

—¡Sueña que estamos en otra parte, pero sueña que yo estoy ahí y sueña con agua! —gritó Esperanza al llegar a la orilla donde se encontraba Ricardo. —¡hazlo rápido! —entonces soñé que estábamos en la lágrima de un rinoceronte que lloraba al ver el cadáver del amor de su vida siendo devorado por los buitres, pero los dos ángeles nos persiguieron hasta llegar a la lágrima que manaba del otro ojo, soñé con nadar en una gota de lluvia que caía del cielo pero pudimos ver arriba a los ángeles llegar desde otra gota que también caía. Soñé con piscinas, con vasos de agua, soñé con tinas y bañeras pero en todas partes estaban los ángeles intentando alcanzar a Esperanza que me pedía seguir soñando, —no dejes que me lleven, tu cabeza es mi patria ahora, no dejes que me lleven, quiero estar dentro de ti, no dejes que me lleven, intenta imaginar un mundo azul donde podamos ser libres y todos los colores del arcoíris quepan en una sonrisa, imagina y sueña con un planeta lleno de atardeceres para que Ricardo Azul pueda sonreír eternamente, no dejes que me lleven, sueña que navegamos en la saliva que intercambia un joven de 13 años con una estrella al dar su primer beso, no dejes que me lleven, sueña que nadamos en el vaso de whiskey de un hombre triste que se sienta en un bar todas las mañanas porque no logra conseguir trabajo para mantener a su familia, no dejes que me lleven, sueña que salimos de las venas de una suicida que se las ha cortado porque se ha enterado que su novio ha muerto en la guerra a causa de un balazo que le ha atravesado el corazón, no dejes que me lleven, sueña con un orgasmo que se extiende en las sábanas blancas de un hospital psiquiátrico, no dejes que me lleven, decía, no dejes que me lleven, repetía una y otra vez mientras huíamos de un lado para el otro, pero al final... se la llevaron. Soñé viajar en un desagüe que desembocaba en el mar pero al otro lado nos esperaron los ángeles, yo intenté sostenerla pero los ángeles se la llevaron, iban vestidos de negro y con

gafas oscuras, en sus espaldas dos alas enormes se avisaban imponentes, yo los vi, en un sueño, en mi sueño, yo los vi cómo iban perdiéndose en el horizonte y llevaban de la mano a Esperanza, a mi Esperanza, yo vi desde un desagüe que olía a mierda como Esperanza se alejaba de mi sueño.

Desperté sobre mi cama, en mi casa, en mi habitación donde la mancha que antes se parecía a Beatriz ahora había perdido toda su figura, ahora era una mancha verdosa a la que se le veía salir un poco de agua, la pared transpiraba como si estuviera viva y cansada de estar tan quieta, intenté componerme pero aquél sueño había sido tan real para mí como lo eran mis manos o mi colección de latas, o mis súper nintendo que lucía viejo y sucio en un rincón de mi cuarto, intenté componerme pero me dieron ganas de vomitar y no alcancé a ir hasta el baño, y fue ahí mismo sobre mi cama que empecé a vomitar agua salada, y en medio de esa agua una hoja de girasol como las que tenía Ricardo Azul sobre su lomo, y detrás de eso vomité un pescadito dorado —mierda— dije, porque no había sido un sueño, porque de verdad una sirena real había nadado entre mis sueños, porque la realidad hace bastante que había desaparecido y dejado de importar, porque mi cabeza no era un lugar seguro, pero sobre todo porque en mi existía el pensamiento de que Esperanza había sido secuestrada y se encontraba en peligro en algún lugar del mundo fuera de mí. Así que lo primero que hice al despertar fue intentar dormir de nuevo, intenté imaginarla, volverla real con mi imaginación y traerla de regreso hasta mis sueños, intenté recordar su cuerpo lleno de escarcha, las manos ásperas como la arena de la playa, los ojos vidriosos y brillantes como los hombres que están llevados por el bazuco y que sueñan con dejarlo algún día, pero otro día.

De verdad lo intenté pero no logré dormir ni un solo minuto, estaba bloqueado, pensaba en Esperanza y en Beatriz y sus rostros se confundían en mi cabeza, pensaba que las había perdido a ambas y que no iba a volver a verlas, pensaba que estaba volviéndome loco y que no era posible que una sirena pudiese nadar entre mis sueños. Salí de mi cuarto y

me di cuenta que había estado encerrado en el por un día y medio y que también nadie lo había notado. Le conté al señor Sabela mi sueño, le conté que había vomitado agua salada, una hoja de girasol y un pececito dorado, le conté que había intentado volver a soñar con Esperanza para salvarla pero no había podido. ¿La ausencia de Beatriz me ha vuelto loco señor Sabela? Le pregunté mientras él bajaba la taza de café que se estaba bebiendo para responderme.

—Tal vez. Tal vez no, a lo mejor la tal sirena si existe.

—Pero eso quiere decir que me he vuelto loco, que usted está loco si lo cree porque la realidad es esta que tenemos aquí enfrente, no la que se dibuja en nuestros sueños ¿o no?

—¿La realidad? ¿Qué cojones es la realidad? Mira Serafín, escucharte hablar me recordó un relato hindú. ¿Sabes quién es Visnú?

—No tengo idea.

—No recuerdo muy bien la historia pero va más o menos de que hay quienes creen en un Dios llamado Visnú que está acostado sobre un mar azul y todos los planetas se desprenden de sus sueños, todas las estrellas se desprenden de sus sueños, todos los universos van despegándose babosos de sus cabellos al abandonar su cabeza, todas las realidades posibles emanan de sus sueños como libélulas acosadas por la luz, cada cosa existente está siendo soñada por Visnú. Podríamos decir que tú te has convertido en un pequeño Visnú, en un Dios pobre y menor que no ha creado un mundo entero, pero ha sido capaz de crearse uno propio dentro de su cabeza al soñarlo, donde ha podido vivir por unos instantes.

—¿Está diciendo que hay otras realidades distintas a esta y que todas ellas son posibles, que hay un Dios soñando mi vida, la suya, y la de Esperanza en este momento?

—No. Yo solo te he contado un relato. Tú cree lo que quieras creer y te dejo porque voy tarde a dar clase.

El otro día estaba desayunando con Richard, el señor Sabela y otros inquilinos que han llegado a la casa. El señor Sabela le ha contado a Richard la historia de la sirena y este ha dicho que estoy enloqueciendo, dice que Esperanza es una Beatriz que huele a pescado, que Esperanza es la Beatriz que he alucinado para no alejarme de su recuerdo, que el hecho de que Beatriz se haya ido me ha hecho perder la cabeza. —Ponte serio apendejado, —me dice Richard mientras me pega en la cabeza suavemente con las manos que horas antes han de haber acariciado las largas piernas de mi madre. Mi madre no me dice nada, hace tiempo que dejó de decirme algo, —elige en que fracasar o en que triunfar, hagas lo que hagas serás tú quien decida —dijo mi madre un día, pero claro que eso lo dijo para hablar de que carrera universitaria iba a escoger, al final no elegí ninguna porque ninguna carrera me gustó, mi madre se alegró un poco porque guardaba en su pecho la ilusión de que iba a ser como esos artistas románticos que rechazan la academia porque son almas libres y dicen no poder expresarse libremente encerrados en las aulas universitarias, y entonces se marchan a vagar unos años por algún país exótico o algún pueblo lejano en donde se regocijan un tiempo y al cabo de unos años regresan sonrientes, trayendo consigo sus obras y alargan sus manos para ofrecerle sus obras al mundo, y en algunos casos el mundo las recibe y en otros el mundo escupe sobre sus obras que son extensiones de sus vidas y los artistas envejecen y se reúnen en parques para hablar de sus obras y sus vidas que terminan siendo lo mismo. Las bancas de todos los parques del mundo esperan a que un artista que ha fracasado descanse un poco y se emborrache sobre ella, las bancas de todos los parques del mundo reconocen los culos tiesos de los artistas fracasados cuando se posan sobre ellas, demasiado sucios, demasiado flacos y tiesos, de alguna manera mi madre pensaba que ese destino sería más honroso que el de no haber elegido nunca nada, pero yo nunca tuve talento, ni ser artista fue una opción para mí, yo nunca pinté un solo cuadro ni compuse nunca una canción que hablara de ningún pájaro, tampoco escribí ningún poema a la noche ni a nada, mis manos nunca

han hecho nada hermoso, ni nada que merezca la pena, todo lo que han hecho mis manos ha sido acomodarme las pelotas cuando se me entiesa la verga y rascarme la parte de atrás de las orejas, mis manos son lo peor de mí y la gente lo sabe, a veces cuando voy a saludar de un apretón la gente me cala de una, nota como mis manos dudan entre apretar mucho o muy poco y al final agarro dos o tres dedos, la gente nota la inseguridad de mis manos, de mí, el sudor tembloroso y uno que otro moco pegado en la punta del índice que a veces se me olvida desprender, la gente nota que no he hecho nada hermoso con mis manos y que estando viejo nunca me sentaré en ninguna banca de ningún parque para hablar de mi obra, pero eso está bien, porque para mí todos los artistas son pretenciosos y pendejos. A veces entra mi madre a mi cuarto y me encuentra tendido sobre la cama con los ojos abiertos sabiendo que hace bastantes horas me he despertado pero no le encuentro sentido a levantarme, entonces ella me tira una jarra de agua encima para que me pare, pero yo no muevo ni un solo musculo, me quedo ahí, estático, inmóvil, y entonces ella me dice —por qué no te mueves, ¿estás en contra de la vida o qué? —Y cierra la puerta antes de que pueda responderle que sí, que estoy en contra de la vida, de los días, de la noche, de la mancha en la pared en mi cuarto que ahora se ha extendido demasiado, estoy en contra de levantarme fuera de esta cama porque la cama es mi territorio y las sábanas y almohadas son mi país de origen, estoy en contra de haber amado a Beatriz y haberla perdido, estoy en contra de haber alucinado a Esperanza y haberla perdido, estoy en contra de no haber hecho nunca nada hermoso con mis manos y no poder hacerlo porque mis manos son para tocar y no para crear, estoy en contra sobre todo de ser Serafín Pacheco y no poder remediarlo.

Hace días el señor Sabela me dio un frasco lleno de somníferos porque sabe que no consigo dormir en las noches, me los ha dado con la condición de que los use con moderación porque son muy fuertes, pero no es dormir lo que quiero, lo que yo quiero es poder soñar con Esperanza, con Beatriz o con lo que sea, así que algunas noches tomo los somníferos

para poder dormir profundamente y creo escuchar la voz de Esperanza pidiendo auxilio, llamándome, sueño con Ricardo Azul que mueve su cola al verme y entonces yo subo sobre su lomo y me dirijo en busca de Esperanza, pero entonces despierto y me quedo con la sensación de que Esperanza está en algún lugar esperando a que la sueñe.

La gente ha estado muy ansiosa últimamente, en las noticias hablan de avistamientos de seres extraños surcando el cielo, han aparecido grandes huecos en la tierra en distintas partes del mundo. —Es el fin —dicen mientras se persignan, —es el fin del final —les digo. Se ha acabado la fiesta para todos, pero lo cierto es que no le he puesto mucha atención a esos eventos, la verdad no me importa, nada me importa. Que se acabe y que se repartan las migajas del mundo, hagan lo que quieran con él porque yo ya tengo el mío.

Hoy he decidido tomarme el frasco entero de pastillas, hoy he decidido dormir un largo rato para soñar con Esperanza porque ella está en algún lugar del universo esperando a que la sueñe, esperando a que la rescate porque solo si la sueño será salvada, me sumergiré en mi sueño, profundo, hondo, y la buscaré por todos los rincones del mar alucinado, porque yo quiero hacer de mi vida ese sueño perpetuo y sangrante para convertirme en poema, porque el sueño toma forma de vida, porque la vida y el sueño son cosas distintas que se juntan para volverse poema, porque durante 20 años he sido Serafín Pacheco y estoy a un frasco de pastillas de convertirme en otra cosa.

Betty

Cuando abrí los ojos el fantasma del hombre que había vivido antes en esta habitación estaba sentado sobre mi cama mirando a la ventana, parecía detenido en el tiempo como una pintura a la que no le ayuda mucho el marco que le han escogido, o una fotografía en blanco y negro que no encuentra su lugar en el álbum de fotos a todo color que muestra siempre alguna anciana a sus visitas. —¿Por qué estás aquí? —Le pregunté.

—La verdad no lo sé, pero me gustaría creer que estoy aquí por la vista, me gusta cómo se ve el mundo desde esta ventana, —entonces me aproximé a la ventana e intento ver el mundo que el fantasma del hombre que se suicidó en esta habitación dice observar desde ahí.

—¿Tú qué crees que va a pasar? —Me pregunta.

—No lo sé, ¿a qué te refieres?

—¿Ves al colibrí?

—Lo veo.

—¿Y la rosa?

—También.

—Ahora dime ¿qué crees que pasará cuando el colibrí azul se pose sobre la rosa? —Como yo lo veo hay varias posibilidades, la primera, es que la rosa absorba el azul del ave o que el colibrí intoxique con sus colores a la rosa volviéndola

azul y desapareciendo el rojo de su cuerpo, lo siguiente que puede pasar, es que la rosa y el colibrí se entiendan en un cruce intenso y ambos lleguen a la conclusión de que se les ve mejor de verde y entonces combinen los colores de sus pétalos y los de sus alas. ¿Tú que crees?

—Yo elijo creer que la rosa en su calidad de rosa defenderá sus colores ante las banderas extranjeras del pájaro, y que él a su vez entenderá el ánimo de independencia de la rosa y el colibrí volará tranquilamente por el cielo.

—Bueno, es otra opción. ¿Pero acaso después de haberse tocado por unos instantes el pájaro y la flor no se habrán transformado para siempre en otra cosa?

—Tal vez, ¿pero a qué te refieres con otra cosa?

—Una vez ocurra el encuentro, el colibrí se convertirá en una rosa de cielo abriéndole los pétalos a las nubes, la rosa se convertirá en un pájaro de tierra dando la impresión de que vuela cuando el viento atraviese el jardín y la zarandé de lado a lado —dijo el fantasma sin quitarle los ojos al colibrí que volaba en el rosal del jardín que tiene la casa.

—Me gusta esa idea, yo también creo que todo debe de ser transformado —dije.

—¿Pero para qué?

—Porque es lo natural, la vida debe fluir, cuando algo se estanca se corrompe, se degrada, la transformación es necesaria en todo momento y todo lugar, ¿has visto las aguas cuando se estancan y se pudren? Así es el corazón de los hombres, así es el corazón de las cosas, si no hay movimiento no hay vida.

—Te comprendo, pero como ya no estoy vivo no me importa, me he estancado en esta muerte que se alarga por todas partes, me he quedado varado a orillas de la vida mirando cómo pasa todo el mundo, no me importa ni la vida ni la muerte sino

esta paz que tengo en este momento mirando ahora por esta ventana, todo lo demás es el mundo, y no me interesa.

—No te interesa porque estás muerto, y todo lo demás es la vida.

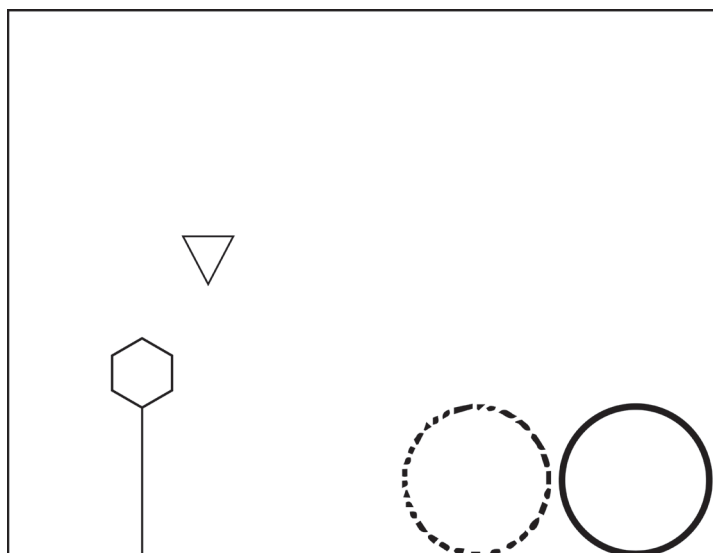
—Me gustaría verme como un hombre que ha vivido y no como uno que está muerto, pero la vida que tuve no la recuerdo y tampoco sé por qué morí.

—Hablas mucho para estar muerto ¿Por qué has muerto?

—La verdad es que no lo recuerdo.

—Pues no parece ser un fantasma, no conozco al primer ser que sonría ante el vuelo de un pájaro o una mariposa y esté muerto.

—Debe ser aterrador ver sonreír a un fantasma —respondió él mientras el colibrí se decidía al fin a posarse sobre la rosa.



Al parecer, ni Serafín ni nadie en la casa pueden ver al fantasma que vive en mi habitación, a veces voy a pasear con Serafín por las calles y regreso a la habitación y él se queda conmigo pero sin embargo no logra ver que el fantasma permanece sentado al borde de mi cama observando el mundo a través de la ventana, luce sereno, tranquilo, siempre viste de negro con una camiseta que dice "I AM DINAMITE" y con el paso de los días me he dado cuenta que es él quien se fuma mis cigarrillos, inspira tanta tranquilidad verle sentado que pienso que la muerte no debe de ser dolorosa, pero amo demasiado la vida como para desear morir.

—Creo que los suicidas son unos cobardes —le dije un día, solo para provocarlo.

—Supongo entonces, que fui un cobarde —dijo el fantasma del hombre que se suicidó en esta habitación mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla que yo había dejado en la cama, —pero mira niña los fantasmas son sujetos que escriben poemas sobre las nubes, sobre sus ataúdes, están vivos y muertos, están en mitad de todo por alguna razón inexplicable porque tal vez ni siquiera exista alguna razón que dé sentido a la presencia de un fantasma en tu cuarto, tal vez fui alguien antes, pero ahora no soy nadie, no sé mi nombre, ni mi edad, ni por qué morí, ahora soy solamente esto que se dibuja enfrente tuyo, un manojo de presentes sin pasado ni futuro, tengo la condena de ser siempre el mismo y no saber quién soy o quién he sido, así que si me condenas condéname ahora, en esta muerte que tengo pegada en las uñas y no por la vida que tuve. He conocido fantasmas que se lamentan, pero yo no, yo no lloro, he conocido fantasmas cuya muerte podría enternecer al más déspota de los seres humanos, pero no a mí, porque para mí la muerte es otro tipo de vida, una que se vive a la orilla de una ventana mientras se ve pasar el mundo, y para mí es como si lo estuviese mirando por primera vez, y créeme, es una maravilla.

El fantasma del hombre que se suicidó en esta habitación ha dejado de venir por algunos días —saldré a caminar —dijo un día, y no regresó, el fantasma no ha querido decirme por

qué se suicidó o tal vez sea cierto que no lo recuerda, para un fantasma no saber por qué ha muerto es como para los vivos no saber por qué se ha nacido, creo que lo he logrado entender de ese modo y por eso he dejado de preguntarle. Sin embargo mientras arreglaba el armario de mi cuarto he descubierto un sobre sellado y en él una carta, la carta no está firmada por nadie pero para mí es obvio que fue escrita por el hombre que se suicidó en esta habitación, la carta tal vez revele algo que dé sentido a la presencia del fantasma que se hospeda en mi cuarto.

A quien me lea:

Toda mi vida ha sido un garabatear sobre papeles, toda mi vida ha sido estar dibujando nubes y poemas sobre páginas en blanco que piden ser manchadas, toda mi vida ha sido eso, pero ahora me siento corrompido, inútil, me acerco al papel y no tengo nada que decir, estoy bloqueado, como si todas las fuentes que manaban en mí se hubiesen parado, como si todos los ríos que fluyeran en mí se hubiesen estancado, sé que mi corazón late, sé que el aire entra a mis pulmones, sé que hay una reacción química en mi cerebro que me permite reconocer esta ventana como una ventana, pero para mí yo ya estoy muerto porque aunque respiro no soy capaz de componer nada hermoso con mis manos, con mi vida, no soy capaz de nada y la verdad es que ya me estoy cansando de estar así, aquí, necesito componer una canción en la mitad de la madrugada y despertar a todos los perros del vecindario, necesito abrirme el pecho con una máquina de afeitar y dejar salir todas las lunas mientras miro cómo iluminan a la noche con mi sangre, necesito recordar que todo poema es un acto de magia donde se da forma y se moldea un mundo, necesito recordar que una coma (,) es el tiempo hecho serpiente enroscado su cuerpo infinitamente, que un punto y una estrella son lo mismo porque una boja en blanco es en realidad

una galaxia que está por ser nombrada, necesito tener el valor suficiente para sugerirle al mundo que el lenguaje de los pájaros sea tomado en cuenta para convertirse en idioma universal, necesito embriagarme con aguardiente y vomitar ciudades y que de mi vómito surjan rascacielos tan altos que el sol tenga miedo de ser agujereado por ellos, volver a la infancia para enamorarme otra vez de Daniela y reescribir una y mil veces el mismo poema sobre la última hoja de mi cuaderno, el mismo poema que la enamoró un día en el que el universo entero se convirtió en recreo. Necesito poder mezclar mi vida con la sustancia de mis sueños, necesito mezclar esos sueños con tinta, necesito poder amar a todas las muchachas de ojos tristes que tengan un abismo en sus manos abiertas, necesito convertir la muerte en días dorados y necesito que la muerte le tema a lo que escribo. Necesito todo eso porque entonces quizá tendría lo necesario para empezar a escribir un poema.

Pero no lo tengo.

Ya no puedo.

Entonces la vida, mi vida, comienza a fracturarse y pierde sentido, y por ello debo lanzar mi sentencia, mi última sentencia “todo poeta al que se le hayan apagado los soles de su interior, que se haya convertido en el humo grisáceo de lo que un día fue un incendio que se pretendía inextinguible, todo poeta que ya no sea capaz de crear algo hermoso debe hacerse a un lado para dar paso a la vida que ha dejado de atravesarlo, todo poeta que ha dejado de ser o hacer poesía merece ser colgado, y llegará un día en el que el poeta se sugiera a sí mismo como su propio verdugo”.

Atentamente: El tipo que vive en la habitación #6.

La verdad es que la carta no resulta muy reveladora pero ahora sé que el fantasma se ha suicidado por razones estéticas

que para él resultaron vitales (una tontería) aun así, no sé de dónde viene ni como se llama, podría preguntarle esos datos a Serafín pero en el fondo me gusta que el fantasma resulte siendo un misterio tanto para mí como para sí mismo.

Me he reunido con unos viejos amigos que he encontrado en la ciudad, se han hecho parte de un grupo y con el tiempo me he vuelto parte de el también, el grupo no tiene nombre pero si una consigna que unifica todo lo que hacen “*Contágiate de sida y llévate unos cuantos*”, cuando la escuché creí que se trataba de algo sexual pero no ha sido así, en realidad hasta ahora no sé de qué se trata el grupo, hay mucha gente de todo tipo, religiosos, políticos, negros, blancos, azules, amarillos, travestis, homosexuales, todos creen que algo muy grande está por ocurrir, hablan del “fin” como cosa real y palpable, me parecen unos fanáticos pero al mismo tiempo bastante lucidos con lo que pretenden. El objetivo principal del grupo es destruir a las instituciones que el ser humano ha creado (por lo menos en esta ciudad), a todas las dependencias del gobierno, todas las cárceles, tanto físicas como mentales y espirituales. Uno de los líderes que dice llamarse Jessica ha dicho que hay que acabar con el mundo para que el día que llegue el fin el hombre no tenga esperanza en el mundo que ya ha sido destruido, el hombre deberá tener esperanza en el hombre como individuo para ser salvado, en sí mismo, en la conexión con el mundo y su mundo, pero para eso la destrucción será el primer paso. Una vez dado ese paso no debemos estancarnos, debemos crear el mundo que está surgiendo de nuestros corazones sobre los escombros de una civilización ruin y simple. A mí no me importa el fin ni la salvación de nadie, he ido algunas veces y me he enamorado de lo que han dicho de la dinamita, de las veces que dicen que harán arder edificios y que toda la ciudad estallará en caos, me he enamorado de eso porque sé que la poesía se escribe con fuego y esta ciudad está demasiado blanca como para no mancharla de algo hermoso.

Después de un concierto a las afueras de la ciudad nos dieron a cada uno de nosotros una mochila con explosivos, gasolina o dinamita para otros, al concierto fui con Serafín y Richard pero ellos nunca se enteraron de nada, creo que ellos no disfrutarían de esto tanto como lo hago yo, en la mochila había una dirección, un tarro de gasolina, y una nota: "que arda". Se supone que debo prenderle fuego a esa dirección el día de mañana. Escribo esto esta noche mientras tengo los ojos sobre el horizonte esperando el amanecer que ya lo imagino envuelto por un incendio perpetuo.

Han pasado algunos meses desde que incendiemos la ciudad, después de estar en muchas partes hoy he vuelto a la casa de la que me marché aquel día, todo está igual, la misma casa, la misma habitación, el mismo fantasma sentado al pie de la cama mirando hacia la ventana esperando que ocurra no sé qué cosa. Solo dos cosas han cambiado, el olor de la casa y el hecho de que Serafín esté muerto.

Yo venía con la intención de verle, explicarle todo, debo decir que Serafín me gustaba y lo digo de verdad. Por alguna razón me atraía el pequeño idiota, me gustaba porque era frágil, lo quise porque podía verme en sus ojos y saberme viva nuevamente, observada y amada, porque se había enamorado de los pájaros que tengo tatuados en el cuerpo y tal vez porque él guardaba la esperanza de que algún día podría comprarse unas alas para volar con ellos, porque sabía a mar y tenía en sus labios la palabra y el viento que impulsa a todos los barcos, pero ya no está y ya no importa. Lo primero que hice al entrar a la casa fue notar el olor a humedad que invadía todo el lugar, Richard me ha explicado que hace poco menos de una semana la casa se inundó y todos entraron a la habitación de Serafín que era de donde salía el agua, lo habían visto tendido en su cama con un frasco de pastillas en sus manos, estaba inconsciente desde quien sabe hace cuantos días, se había roto una tubería que atravesaba una de las paredes de su cuarto y había inundado esa habitación y el resto de la casa,

—eso explicaba el olor a pescado podrido que manaba del cuarto de Serafín— cuando entraron Serafín estaba aún con vida así que lo llevaron al hospital, pero estando ahí duró inconsciente dos días y murió de una forma muy extraña. —El guardia de seguridad del hospital es amigo mío así que me lo contó todo —dijo Richard con cierto aire de misterio en su rostro. Los médicos de aquel lugar intentaron despertar a Serafín, dijeron que era cuestión de tiempo para que reaccionara, pero él no reaccionó, era como si no quisiera despertar, como si quisiera permanecer durmiendo el muy idiota. Así que lo dejaron en observación para ver como evolucionaba. Al segundo día entraron unos tipos a verlo, eran dos hombres vestidos de negro, el guardia de seguridad dijo escuchar dos disparos que provenían de la habitación en la que se encontraba Serafín, al inspeccionar y entrar en esa habitación dijo ver que los dos tipos que habían ido a ver a Serafín saltaron por la ventana del hospital al mirar al guardia, dijo que los había visto volar con un revólver en sus manos, “parecían ángeles” sintió su pantalón mojado y entonces notó que habían agujereado la cabeza de Serafín con un balazo, de esa cabeza salía agua salada y peces de colores, la habitación del hospital se había inundado igual que la suya, cuando entraron los médicos habían ya desaparecido los peces, el agua y el agujero en la cabeza de Serafín, el guardia no dijo nada porque creía que iban a juzgarlo como a un loco, pero se lo había comentado a Richard porque él conocía a Serafín y tal vez él podría darle explicación a aquel evento tan extraño, pero no pudo, y posiblemente tampoco creyera lo que le dijo el guardia, yo no sé si creerlo o no, pero he notado que toda la realidad ha empezado a desmoronarse y tal vez los sujetos que mataron a Serafín hayan sido los mismos tipos que me han estado persiguiendo a mí todo este tiempo, no lo sé, no estoy segura, nadie ha estado seguro de nada durante bastante tiempo, el mundo es ahora un lugar distinto, tal vez y si sea cierto lo que dijo Jessica, que el mundo está llegando a su fin, tal vez eso explique por qué ha empezado a llover sangre todos los viernes en las noches, por qué han empezado a salir agujeros en la tierra tan grandes como para tragarse ciudades enteras, por

qué todos los perros corren a esconderse bajo las camas de todas las casas, por qué todos los hombres lucen agrietados y sin esperanza y por qué el fantasma del hombre que se suicidó en esta habitación sigue sin abandonar mi cuarto.

El fantasma del hombre que se suicidó en esta habitación y yo hemos llegado a formar una especie de vínculo en donde nos sentamos al borde de la ventana sin decir nada y contemplamos cómo el mundo se va cayendo a pedazos mientras fumamos Derby y bebemos leche con chocolate, a veces yo me quedo dormida con el cigarrillo en la mano y el fantasma del hombre que se suicidó en mi habitación me lo quita evitando de esa forma un incendio.

De repente empezaron a caer sobre el antejardín de la casa algunos pájaros muertos, caían en picada y de punta hacia el asfalto adornando todo con sus tripitas rotas, caían como meteoritos hacia la calle, algunos de ellos incluso estaban envueltos en llamas, uno de esos pájaros cayó al borde de la ventana y pude sostenerlo con mis manos mientras él iba desfalleciendo, llevaba las alas rotas y respiraba rápidamente como pidiendo no morir, como pidiéndole al aire entrar en sus pulmones para darle fuerza y poder volar una vez más. —No debe de haber nada más triste en el mundo que ver morir a un pájaro sobre las manos de una chica —dijo el fantasma del hombre que se suicidó en mi habitación y entonces el pájaro dejó de respirar y su mirada estática me dejó paralizada por unos instantes, entonces vimos en el aire un pájaro muy grande persiguiendo a otro pájaro, el pájaro más grande se enredó con la orgía de cables de electricidad que había enfrente y terminó despedido hacia la ventana de mi cuarto cayendo irremediabilmente dentro de la habitación, quebró algunas botellas y el acuario vacío de peces que aún conservaba. Para sorpresa nuestra lo que cayó dentro de mi cuarto no fue un pájaro sino un niño con alas que llevaba sobre sus manos una resortera, se apretaba el brazo como si le doliera mucho, supuse que él sabría por qué estaban cayendo los pájaros del cielo, así que lo interrogué.

—Oye niño, ¿tú sabes por qué las aves caen muertas?

—No soy un niño, soy un querubín ¿acaso no ves mis alas?

—Pero anda, responde.

—Veras. Lo que pasa es que hay sobrepoblación en el cielo, al cielo no le caben más pájaros.

—Ni más ángeles —dijo el fantasma del hombre que se suicidó en mi habitación pero al parecer el querubín no lograba verlo ni escucharlo.

—¿Entonces tú has estado cazándolos? —Dije yo sin desprender mi mirada de sus ojos.

—Sí, mira, no sé si comprendes muy bien las cosas pero todo esto está cambiando, ha cambiado de una vez y para siempre, el mundo que conocías se ha marchitado y sobre su cuerpo marchito han florecido inmensidades de jardines, esto es lo que ustedes llaman el apocalipsis, pero yo puedo decirte que el apocalipsis no es el final del mundo sino el principio de muchos, una mezcla de todos los mundos existentes habitando un mismo espacio, lo que quiero decirte es que tu mundo, mi mundo y el de muchas otras criaturas se ha mezclado, todo esto se ha convertido en un mundo donde caben todos los mundos, una realidad donde caben todas las realidades y un sueño que sueña todos los sueños, y como imaginarás solo hay un cielo para todos, y la verdad es que no hay suficiente como para que ángeles y pájaros vuelen en un mismo cielo así que a algunos nos han mandado a cazar a los pájaros para que estos no se enreden en las alas de los ángeles cuando vuelan en busca de almas rotas, dañadas, almas perjudiciales para el mundo que está por construirse, pero eso lo hacen otro tipo de ángeles, mi labor consiste únicamente en limpiar el espacio aéreo, de pájaros, como ya te lo he dicho, así que me marcharé a continuar con mi labor.

Al escucharlo creí posible que esto que había empezado iba a convertirse en una dictadura de los ángeles, que ellos tendrían el poder de juzgar y castigar a quienes quisieran pero más aún llevarían la belleza de las aves hacia la extinción

y eso me molestó, me emputó, me quitó la chaqueta y el querubín comprendió que yo era amante de las aves al ver mi cuerpo tatuado de pájaros que volaban en las noches hasta los jardines de mis párpados y cantaban despacito una canción de cuna hasta que yo durmiera, comprendió que estaba en territorio enemigo y quiso salir volando de nuevo por la ventana pero sus alas rotas no lo dejaron, se apresuró rápidamente hacia la puerta y logró escapar, lo vimos correr por las calles, desnudo, frágil, con las alas fracturadas, el fantasma del hombre que se suicidó en mi habitación recogía los vidrios de las botellas y el acuario roto, fue entonces que me percaté de ello.

—Enano hijueputa págame el acuario que me has quebrado
—le grité desde mi ventana.

—Suerte vieja loca —dijo el pequeño malparido mientras iba perdiéndose entre la niebla rojiza que tiñe las calles de esta ciudad en estos días complicados.

Me olvidé del querubín y empecé a jugar parques con el fantasma del hombre que se suicidó en esta habitación, empecé a notar algo extraño en mi interior, como punzadas en el pecho, como si a mi corazón lo hubiesen embadurnado de cocaína y latiera frenéticamente a punto de estallar, mi piel empezó a estirarse como si alguien me chuzara por dentro, sentía como si algo rebotara dentro de mí, fue entonces cuando un colibrí rompió mi piel y salió de mi cuerpo, me quedé atónita y asustada, el pájaro voló un rato alrededor de mis senos confundiendo tal vez mis tetas con flores, supuse que tenía hambre entonces le preparé un poco de agua con azúcar.

—han sido tus pájaros —dijo el fantasma, —fueron los pájaros que tienes tatuados en tu cuerpo los que hicieron que el colibrí te confundiera con un cielo, con otro cielo más amigable, uno que no esté tan vuelto mierda, uno sin querubines con resortera que ambicione el firmamento sólo para su raza.

Decidí darle asilo al pequeño pájaro de alas metálicas, decidí convertirme en su patria hasta que el cielo de afuera estuviera menos vuelto mierda, tal vez por dos horas, un día, o quién sabe, tal vez y en un rato el colibrí vuele de nuevo a través de la habitación y abandone esta patria adoptiva que tengo entre las tetas. Me he visto el agujero que tengo en el pecho, tal vez y me quedé dormida con un cigarrillo encendido y este me ha atravesado de lado a lado y el colibrí se ha metido por ese agujerito, no lo sé, tomé una linterna y un espejo e inspeccioné el huequito que me dejó el pájaro al salir de mi cuerpo, lo que vi me dejó más sorprendida incluso que todos los eventos que han estado aconteciendo últimamente, al verme noté que no tenía ni hígado, ni pulmones, ni intestinos. En mi pecho encierro un jardín infinito de lirios, tulipanes y girasoles subversivos.

Nº6

No sé cuál es mi nombre ni mi edad ni cuál ha sido mi vida, lo único que sé es que existo en la habitación número seis de una casa que queda al borde de todo, no se quien he sido ni por qué sigo aquí, lo único que sé es que me gusta ver cómo el mundo va desmoronándose átomo por átomo desde esta ventana a orillas de toda esperanza, lo único que sé es que tengo la sensación de estar viendo algo sublime, lo único que sé es que estoy muerto y fumo Derby como una locomotora enloquecida.

Aquel día que dio hospedaje a un pájaro en su cuerpo Beatriz empezó a convertirse en otra cosa, sus dedos se alargaron igual que ramas o riachuelos como enredándose en el aire, de sus uñas empezaron a salir orquídeas y amapolas hasta que en sus manos tuvo flores tan hermosas como una niña de ojos verdes sonriendo en la desgracia, dejaron de salir palabras por su boca y de su garganta llegaron a brotar mariposas con poemas escritos en sus alas, poco a poco Beatriz dejó de ser Beatriz para convertirse en un jardín lleno de enigmas y de flores amarillas, ahora Beatriz es un Jardín lleno de flores dentro de la 6, un jardín al que riego agua cada vez que puedo para que no muera como yo. Eso pasó hace dos horas o hace doscientos años, no lo sé, el tiempo ha dejado de tener importancia, de hecho no la tiene cuando uno ya está muerto.

A veces salgo a dar una vuelta y persigo a las personas para comprenderlas un poco y para llenar la eternidad con otra cosa además de humo de cigarrillo, el otro día me subí en un carro al lado de una muchacha rubia que iba conduciendo en medio de las autopistas de esta ciudad

que ha mutado para convertirse en otra cosa, iba bebiendo whiskey y escuchando *Perfect Day* de *Lou Reid* mientras sus labios reproducían el sonido de la canción que es como una nube de algodón en donde duerme un cadáver con una sonrisa en su boca llena de moscas y libélulas azules. La muchacha viajaba en otra noche que no era esta, una donde no tuviera el cielo perforado por avispas y donde la luna no fuera una mancha de moho en la pared de una casa alucinada. La muchacha tiene fantasmas en su cabeza que como yo ya están muertos, tiene en sus ojos la imagen de su padre vestido de Papá Noel en navidad, pero no ve el semáforo en rojo que le dice que se detenga, la muchacha cierra los ojos y recuerda los besos bajo la lluvia que le dio su primer novio y sabían a recreo de colegio, pero no se da cuenta que estamos patinando en el asfalto húmedo de la carretera, la muchacha escucha la voz de su padre cantando su cumpleaños número quince en la casa de los abuelos pero no oye la sirena de la ambulancia que se aproxima. La saco del carro y le digo que no se preocupe que pronto llegarán los paramédicos, que aguante, que la noche es un espectáculo que aún no acaba, que estar muerto no es tan maravilloso después de todo, no sé porque le doy importancia pero me obligo a no abandonarla y entonces llega la ambulancia e intentan alejarla de mí, llevarla de regreso hacia la vida y yo estoy conforme con eso y los acompaño, me hago en la esquina de la ambulancia y uno de los paramédicos que está atrás nota que es una chica preciosa con unas tetas grandes y naturales, con un pelo largo y rubio tan precioso como si los cabellos fuesen los mismos rayos de sol que pueden iluminar el día de cualquiera menos el mío, porque yo ya estoy muerto. Uno de los paramédicos dice: —Pues aprovechemos, —y todos incluso el que va conduciendo la ambulancia dan por aprobada la sentencia, desvisten a la muchacha y empiezan a gozar sus tetas, a apretar su culo mientras muerden sus labios y delinean con el índice de sus manos el abdomen hermosísimo de la chica, uno de ellos introduce su lengua en su boca y todo el infierno empieza a habitar ahora la ambulancia que atraviesa la ciudad como una cuchilla caliente, han decidido demorarse acariciando y besando sus senos pero un paramédico no aguanta más

y la penetra, el otro le soba las tetas con la entrepierna, —déjenme un poco hijos de puta —dice el que conduce la ambulancia, y los tres sonrían como si aquello fuese una fiesta, pero entonces el tipo que está penetrando a la muchacha rubia dice: —no puedo más, me vengo, me vengo —y derrama toda su existencia sobre la chica. Los otros le reclaman que no se haya venido afuera, pero él solo sonrío y dice no haber podido evitarlo, los otros dos paramédicos le reclaman la falta de solidaridad y el hecho de que le ha arruinado a la chica para el resto, conducen en silencio y llegan al hospital en donde un médico dice a su enfermera —no podemos hacer más, esta chica se nos fue, —tranquilo doctor —le digo, —yo me la llevo de aquí, y tomo a la chica de la mano y la invito a acompañarme mientras ella mira como meten su cuerpo en una bolsa negra, le digo que ser un fantasma es lo mismo que estar vivo con la ventaja de que puedes habitar casas sin pagar alquiler. Afuera los paramédicos siguen hablando.

—Tranquilos muchachos que la rubia esa está muerta, esta vez yo conduzco y se las dejo a ustedes dos de camino a la morgue para que no crean que soy mala gente, estoy seguro que a ella ya no le va a importar una mierda.

He traído a la chica a la habitación y le digo que ver el mundo desde esta ventana es lo más parecido a contemplar un poema, pero la chica no quiere poemas, ni habitaciones, ni ventanas, sino salir a caminar por las calles e intentar matar su muerte, dejar de ser un fantasma, recuperar la vida que ha tenido y no recuerda, le digo que ya está muerta y debe aceptarlo, le digo que a veces a mí me gustaría no haber muerto, que en vez de haberme matado me hubiera puesto a tender la cama o a escuchar música, que en vez de haber muerto mejor hubiera preparado un café o haberme cortado el pelo como las estrellas de cine, le digo que no puedo hacer nada, que tanto la vida como la muerte son errores irreparables, le digo que la vida no tiene sentido, que la muerte no tiene sentido, el único sentido que tiene la vida o la muerte es el que le damos nosotros mismos y que como fantasmas debemos darle un sentido a nuestra

muerte, que yo contemplo el mundo desde la ventana de la habitación donde morí porque siento que soy espectador de un espectáculo magnífico, le digo todo eso pero ella es un fantasma triste y se queda a veces sentada en el parque que queda frente a mi casa mirando hacia el suelo sin moverse durante días. Me dice que no puede recordar quién ha sido, yo le digo que los fantasmas no podemos recordar quienes hemos sido porque lo único que tenemos en nuestras manos es el presente, la muerte que se extiende por todas partes y nos atraviesa hasta los huesos, que la muerte es solo un truco para obligarnos a aceptar que ya no podemos encontrar el mundo detrás del telón de lo palpable, que todo esto, vida y muerte son un poema y que la muerte es una coma no un punto al final del texto, que aún así podemos inventar nuestro pasado. Le digo que ella se llamaba Carla y fue una cantante en la cúspide de su carrera y que después de su muerte un país entero se sintió viudo, le digo que yo me llamé Francisco y fui un taxista que llevaba a todos los borrachos desde su casa hasta la última copa. Le digo que ella fue un meteorito en tregua con la galaxia acordando no colisionar contra ningún planeta que tuviera ballenas azules, que ella fue una mujer que 6000 años atrás dijo que toda la poesía era necesaria, que el primer poema fue un hombre que se cortó la garganta para humedecer la boca de dos lirios amarillos que morían de sed, que la literatura debía ser como un cuchillo de filo puntiagudo donde todos pudieran rasgarle la piel y los ojos para poder ver otras cosas, pero que toda la crítica literaria limaba esos filos para darse seguridad a sí mismos, que toda crítica y toda poética de todos los tiempos eran dictaduras, manuales de cómo enjaular pájaros, le digo que yo fui el primer poema que ella escribió sobre una piedra, que fui un poema de una sola letra que todos los niños poetas de dos siglos de edad ondeaban como bandera sobre todas las montañas del mundo, le digo que ambos morimos en la guillotina y que nuestro verdugo fue el año 1993, le digo que ella puede ser lo que quiera ser porque estamos muertos y podemos inventar nuestro pasado e incluso nuestro futuro. Le digo que ella se llama Esperanza, o Beatriz y que yo me llamo Serafín Pacheco y que aun ando buscándola entre mis sueños. Que yo me

llamo Jessica y soy la reencarnación de Jesucristo, le digo que yo soy un tipo pasado de cocaína describiendo el fin del mundo desde su laptop, le digo que ella fue un beso de despedida de un pasajero del vuelo número 11 de American Airlines, le digo que sonría, que al final del mundo no va a quedar si no su sonrisa. Entonces ella sonríe un poco antes de que todo desaparezca y se vuelva mierda.

Este libro fue diagramado utilizando fuentes ITC Garamond Std a 10,5 pts,
en el cuerpo del texto y WC Mano negra en la carátula.

Se empleó papel propalibro beige de 70 g en páginas interiores
y propalcote de 220 g para la carátula.

Se imprimieron 200 ejemplares.

Se terminó de imprimir en Velásquez digital - Cali, Colombia,
en noviembre de 2015.